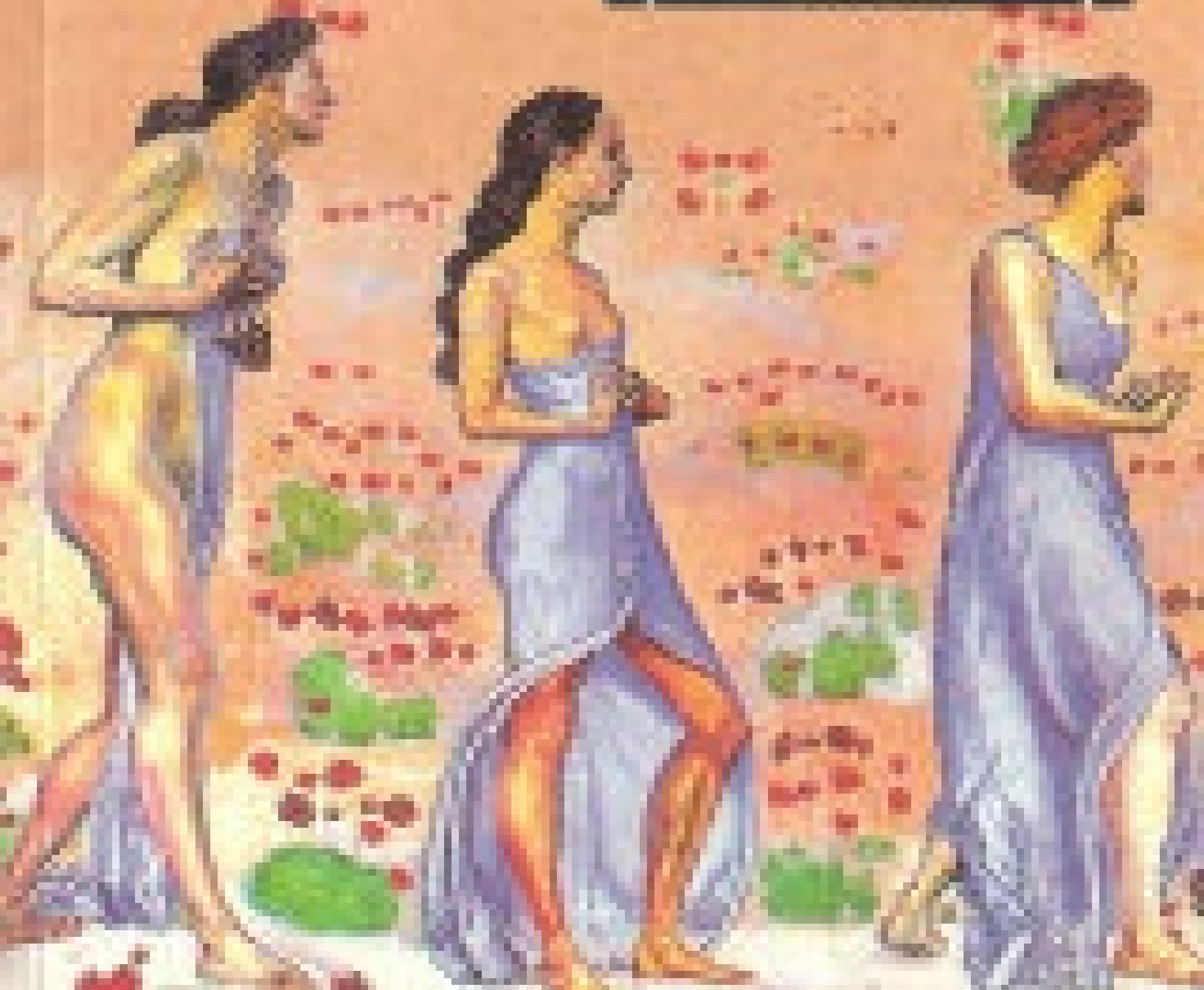
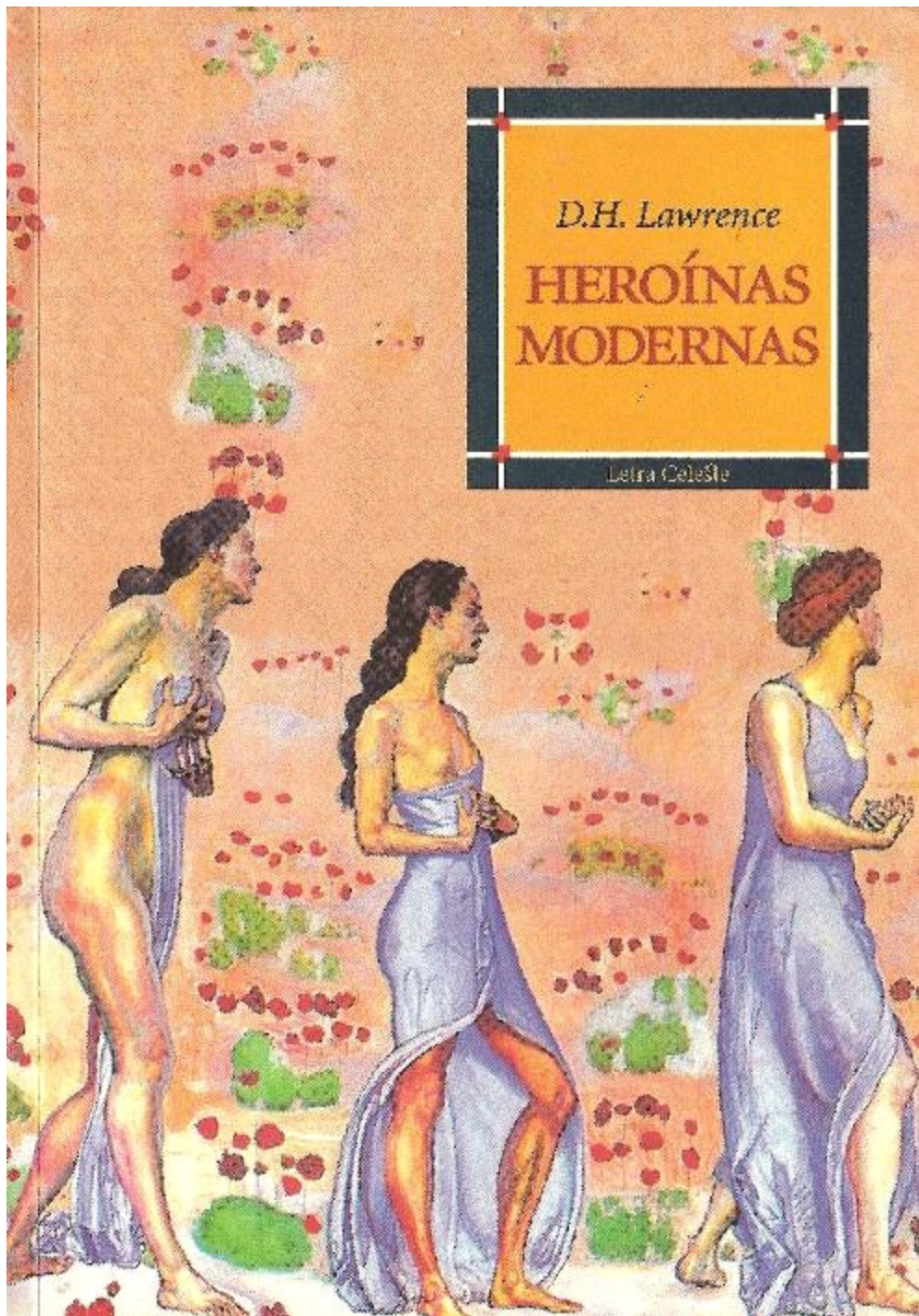


2011 Lawrence
HEROÍNAS
MODERNAS

2011





D.H. Lawrence
HEROÍNAS MODERNAS

Letra Celeste

Edición al cuidado de
Ernesto Pérez Zúñiga

*Títulos originales: Odour f Chrysanthemums;
You Touched me; Tickets, please, Sun*

Copyright de esta edición

© 2001 CELESTE EDICIONES, S.A.

Calle Fernando VI, 8. 28004 Madrid

Tel.: 91 310 05 99 - 902 118 298

Fax: 91 310 04 59

E—mail: info@celesteediciones.com

<http://www.celesteediciones.com>

PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN DEL INGLÉS: PILAR MAÑAS

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: FRAGMENTO DE *LA SENSACIÓN*, DE FERDINAND HODLER TIPOGRAFÍA DE CUBIERTA:
ALFONSO MELÉNDEZ DISEÑO DE INTERIOR: CELESTE

ISBN: 84-8211-306-2

Depósito legal: M-226-2001

Impresión en Fareso, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO 3

OLOR A CRISANTEMOS 3

I 3

II 3

TÚ ME ACARICIASTE 3

BILLETES, POR FAVOR 3

SOL 3

I 3

II 3

III 3

IV 3

V 3

APÉNDICE: EL PAISAJE DE MI CORAZÓN 3

PRÓLOGO

DURANTE los años de estudiante de filología inglesa cayó en mis manos un texto de D.H. Lawrence que me estremeció como sólo podía haberlo hecho el antiguo olor a la manzanilla silvestre o el aroma acre de las higueras de los campos en los que me crié. Recuerdo que devoré aquellas palabras que me llevaron a buscar incansablemente sus significados en los diccionarios y aunque nuestro erudito profesor de literatura nos desaconsejaba buscar en el diccionario todas las palabras que desconociésemos, incontables en aquella época, yo no sólo las busqué sino que elaboré una lista de vocabulario que intenté memorizar durante meses con su transcripción fonética al lado para memorizar también su pronunciación. Busqué a continuación otros relatos del autor, sus novelas e incluso a veces lo hice desatendiendo el estudio de otras materias de la carrera universitaria que no me agradaban. Para hacer honor a la verdad he de decir que D.H. Lawrence comenzó a hacerse un extraordinario hueco en la única estantería de mis primeras adquisiciones de libros comprados con los ahorros de una estudiante becada y donde básicamente figuraban diccionarios y algún manual de lengua inglesa y lengua española. ¿Qué había encontrado en aquel relato titulado «Tickets, please» que ni siquiera podía considerarse un relato magníficamente escrito, al estilo de los escritores consagrados en la literatura inglesa por su maestría como Henry James o Virginia Woolf por citar a algunos de los escritores que se estudiaban en filología con más ahínco? ¿Qué me había seducido hasta el extremo de buscar sus otros textos? Tuvieron que pasar varios años hasta que terminé la laboriosa tarea de una tesis doctoral sobre sus personajes femeninos desde un punto de vista léxico—semántico para poder contestar a aquella pregunta. Inicialmente me había cautivado su espíritu transgresor e innovador; posteriormente descubrí su universo, el literario y el personal, la cosmogonía que lo sustentaba, y su amplísima producción, incluyendo versos —¡también versos y tantos!—. La ingente cantidad de estudios críticos sobre su obra casi amenazaba con sobrepasar mi paciencia por acabar conociendo al menos los ejes sobre los que giraban sus personajes literarios. Finalmente obtuve los volúmenes que Cambridge University Press editó sobre su correspondencia. Y con aquella correspondencia concluía, afortunadamente, mi búsqueda. Allí estaba D.H. Lawrence, el hombre, el autor que hablaba de sus aspiraciones, frustraciones, amorosas ansias... no mucho más importantes que las palabras y emociones puestas en boca de sus personajes de ficción pero absolutamente necesarias para que el mapa de su personalidad quedase esbozado en mi mente. Durante años yo había disfrutado del artista y ahora tenía el privilegio de leer al hombre, y es en ese preciso momento, roto el hechizo y el encantamiento de la seducción, cuando nació en mí el deseo de traducir a mi lengua algunos de los textos que me habían consternado. Era, de algún modo, convertirme en el pájaro que a él le brotaba del pecho al componer, era penetrar en el objeto de su creación y verlo desde dentro e intentar el ejercicio de su traslación a mi lengua, difícil y apasionante tarea presidida siempre por la humilde meta de la aproximación.

Traduje, quimérica tarea, varios relatos que se publicaron en revistas especializadas en filología inglesa, realicé algunas revisiones de las traducciones ya existentes, visité los lugares de Nottingham donde el autor vivió y compuso sus obras de juventud, paseé por los lugares de los que se marchó huido con la esposa de su profesor de alemán, amante hasta el final de sus días, Frieda, vagabundeeé por su pequeño pueblo del cual salió como el escritor que escribía *filthy books* (libros obscenos) y finalmente durante unos años le entregué al recuerdo aquel idilio en el que casi me había perdido.

Aunque la popularidad de D.H. Lawrence ha alcanzado también a nuestro país podemos afirmar

que no ha sido igualmente tratada su producción artística, habiendo sido traducidas más y mejor sus novelas, algo menos sus relatos cortos y escasamente su poesía. La popularidad alcanzada por el autor ha estado, no obstante, marcada en todo momento por la polémica que suscitaron sus temas de ficción —el adulterio, la sexualidad y la sensualidad femenina, la homosexualidad etc.— o el tratamiento que él les dio. Otra de las razones de dicha polémica fue la controversia creada en el mundo de la crítica literaria sobre su calidad artística, altamente discutida desde la primera época en la que aparecieron sus publicaciones: desde los primeros ataques lanzados contra él por sus contemporáneos como T.S. Eliot o Virginia Woolf hasta la defensa de su obra encabezada por A. Huxley o E.M. Forster. Existe, pues, una amplia bibliografía sobre D.H. Lawrence tanto biográfica como estilística, fundamentalmente elaborada a partir de su muerte en 1930, y sobre todo la concerniente a sus novelas. Sin embargo, hasta 1962 no apareció ningún estudio crítico sobre sus relatos cortos.

D.H. Lawrence publicó en vida tres volúmenes donde están incluidos la mayoría de los relatos que escribió (otros fueron publicados en revistas y periódicos de la época y por dicha razón existen varias versiones de cada uno de ellos, ya que tras ser publicados Lawrence los volvía a revisar introduciendo modificaciones hasta verlos agrupados en volúmenes). Quedaría, pues, su obra en relatos cortos agrupada del siguiente modo:

1. *The Prussian Officer and Other Stories* (1914). London, Duckworth.
2. *England, my England* (1922). New York, Seltzer.
3. *The Woman Who Rode Away and Other Stories*. (1928). London, Decker.

Contrastadas estas fechas de publicación y las fechas en las que Lawrence los escribió, críticos como B. Finney (1983) o H.T. Moore (1976) coinciden en afirmar que sus periodos artísticos fueron tres:

Los años formativos: 1907-1915; los años de la guerra: 1915-1921; los años de experimentación formal: 1921-1928.

Respetando este orden cronológico, nosotros decidimos tomar como corpus para su traducción los siguientes relatos: «Odour of Chrysanthemums» de su volumen *The Prussian Officer and other Stories*; «Tickets, please» y «You Touched me» de su volumen *England, my England*, y «Sun» de su volumen *The Woman Who Rode Away and other Stories*.

Una de las características comunes a todos los relatos es la constante aparición de los personajes femeninos elevándose como protagonistas de la trama. No debe sorprendernos ya que, en el caso que nos ocupa, se trata de un autor que escribe y se desarrolla ante un agónico siglo XIX, y sus cambiantes estructuras se dejaron sentir en todas las manifestaciones artísticas de la época. Los conceptos filosóficos, políticos y morales del siglo XIX estaban siendo sometidos a revisión y un nuevo marco de actitudes vitales se estaba revelando en el incipiente siglo XX. Un nuevo modo de pensar y escribir estaba naciendo. En cuanto a los personajes femeninos, un nuevo tratamiento de sus emociones estaba invadiendo la literatura. La heroína, como reflejo de la mujer en la sociedad, había sido confinada al hogar o a los brazos del esposo como respuesta a sus aspiraciones. La mujer estaba destinada a preservar el ideal del amor romántico, a ser la salvaguardia de los valores morales que

habría de transmitir mediante la crianza de los hijos y su fin supremo, pues, era la maternidad. A ella se le confiere la alta empresa de encarnar la espiritualidad frente a un mundo industrial y materialista. El matrimonio como institución era la meta de la mujer y para ello era educada. A través del matrimonio la mujer podía ya sentirse realizada, y en contraposición la soltería era considerada una desgracia. De estos papeles que la sociedad le atribuye a la mujer, la heroína victoriana va a ser un fiel reflejo. En Inglaterra los lazos del puritanismo amordazan a las heroínas. Los escritores franceses durante el siglo XIX son mucho más libres a la hora del tratamiento de temas tabú, como la sexualidad de la mujer o el adulterio. Balzac y Flaubert en Francia, así como Tolstoi en Rusia tratan en sus novelas del mundo sexual y pasional de sus heroínas con absoluta libertad, sin embargo sus contemporáneos ingleses no. Flaubert y Tolstoi escriben dos novelas sobre el adulterio femenino, *Madame Bovary* y *Anna Karenina*, respectivamente. Sin embargo tendremos que esperar hasta 1881 para ver este tema novelado por Henry James en *The Portrait of a Lady*. Ahora bien, este retraso respecto a Francia y Rusia no significa que no se estén gestando transformaciones en la sociedad inglesa. A partir del siglo XIX ya comienzan los incipientes movimientos en pro de la emancipación de la mujer. En 1860 se publica uno de los principales tratados sobre la emancipación de la mujer, *The Subjection of Women*, de J.S. Mill. Unos años más tarde, en 1870, es aprobada en el Parlamento inglés «The Married Women's Property Act». En 1884 se funda la «Woman's Suffrage Society».

El tema de la nueva mujer, «the new woman», comenzaba a ser discutido en todas las escalas del arte y la filosofía. Escritores como Thomas Hardy, George Moore, Meredith o Henry James comienzan a mostrar interés por el tema. La imperante necesidad de practicar un moralismo espiritual respecto a la mujer ahora ya es relativizada. La sexopsicología ha encontrado en Inglaterra dos pioneros: Havellock Ellis y Edward Carpenter. El volumen II del libro de Ellis, *Studies in the Psychology of Sex*, estaba dedicado a la sexualidad femenina y en él se analiza el tema de la frigidez femenina como un fenómeno histórico y no como un fenómeno patológico. Carpenter, por su parte, en sus estudios relativos al sexo y a la sociedad, defendía la sexualidad femenina como algo natural y como posible fuente de placer.

Estos tratados coinciden con el desarrollo y los avances en la nueva ciencia de la psicología. Esta nueva ciencia, aunque todavía incipiente, estaba intentando interpretar la naturaleza de la sexualidad en la personalidad humana. Freud, en esta época, está realizando sus estudios en Viena, y aunque no muy conocido, ya comienza a ser discutido en los círculos ingleses.

Es, por lo tanto, indudable que estas transformaciones están presentes en toda una generación de escritores que van rechazando los antiguos modos Victorianos y se van acercando hacia nuevas actitudes vitales respecto a la mujer y su papel en la sociedad. En esta generación hay que incluir a D.H. Lawrence como culminación a un proceso iniciado por Thomas Hardy y Henry James. Estos escritores reinventan a la mujer en la ficción, dotándola de pasiones, amor sensual y atracción sexual, actitudes que se les había negado durante más de un siglo. Pero no sólo se dota a la heroína de pasión, sino que se la va dejando cada vez más libre para decidir su propio destino, y su voluntad comienza a ser respetada tanto dentro como fuera del hogar. En el caso concreto de Lawrence podríamos afirmar que casi todas las heroínas de su ficción tienen unas características comunes: todas ellas luchan por autodefinirse, escapar de las ataduras sociales impuestas y liberarse a través del amor sensual. Algunas de ellas optan por la huida del hogar, emprendiendo difíciles caminos contra los prejuicios sociales. Otras, sin permitirse la huida, no renuncian a su libertad. Las heroínas de D.H. Lawrence gozan de mayor complejidad que las de Hardy ya que intentó literaturizar casi todas las facetas psicológicas de la mujer, indagó sobre su soledad, su sensualidad, su temor ante el

sexo opuesto e incluso ante la agresión del otro. D.H. Lawrence se adentra en la psicología femenina como si de un mundo enigmático y atrayente se tratara. Las mujeres que noveló son mujeres emancipadas o en proceso de emancipación, mujeres sensibles al arte, mujeres inteligentes, más compañeras que esposas, y, si fracasan en el amor, vuelven a intentarlo. Son capaces de estimular al hombre en su desarrollo intelectual y emocional (aunque a veces puedan llegar a destruirlo). Sus heroínas, podríamos afirmar, son las precursoras de las heroínas de la narrativa moderna.

PILAR MAÑAS LAHOZ

Doctora en Filología Inglesa y escritora

OLOR A CRISANTEMOS

I

LA PEQUEÑA locomotora, la número cuatro, venía rechinando, a tropezones desde Selston, con siete vagones cargados. Apareció por la curva con sonoras amenazas de velocidad, pero el potro al que había asustado entre las aulagas que aún brillaban mortecinas en la cruda tarde pudo adelantarla a medio galope. Una mujer, que subía por las vías hacia Underwood, se retiró contra la cerca, apartó la cesta a un lado y contempló cómo la plataforma de la máquina avanzaba. Los vagones traqueteaban ruidosos al pasar, uno a uno, con movimiento lento e inevitable, mientras ella permanecía insignificante y atrapada entre los negros vagones y la cerca; luego tomaron la curva hacia el soto, donde las marchitas hojas de roble caían silenciosas, mientras los pájaros, picoteando los rojos escaramujos al lado de la vía, lanzaban su vuelo hacia el crepúsculo que se había ido extendiendo sigilosamente por el soto.

En el campo abierto, el humo de la máquina iba adhiriéndose a la espesa hierba. Los campos estaban lóbregos y abandonados, y en la franja pantanosa que conducía al embalse de la mina, lleno de cañas, las aves habían abandonado ya su curso entre los alisos para anidar en el corral de alquitrán.

El patio de la mina surgía más allá del embalse, llamas como rojas heridas que lamiesen sus costados de ceniza en la estancada luz de la tarde. Justo más allá se elevaban las largas y estrechas chimeneas y los toscos y negros castilletes de extracción de la mina Brinsley. Las dos ruedas giraban rápidas contra el cielo y la rebobinadora dejaba oír sus cortos espasmos. Los mineros estaban subiendo de la mina.

La locomotora pitó cuando entró en el gran nudo de líneas férreas al lado de la mina donde había filas de vagones estacionados.

Los mineros, solos, en filas intermitentes o en grupos iban pasando como sombras divergentes rumbo a sus casas. A un lado de ese acanalado terreno de vías muertas había, como agazapada, una *casita*, tres escaleras más abajo de donde se encontraba la pista de ceniza.

Una parra grande y sarmentosa se encaramaba sobre la casa como para derribar las tejas con sus garras. Alrededor del patio con suelo de ladrillo crecían unas cuantas primaveras mortecinas.

Más allá, el jardín bajaba hasta el lecho de un arroyo cubierto de matorrales. Había algunos manzanos con ramas abundantes y unas cuantas coles hechas jirones. Al lado del sendero caían hacia abajo unos cuantos crisantemos de color rosa, como telas colgando de los matorrales.

Una mujer salió agachándose del gallinero, recubierto de trapos en medio del jardín. Cerró y echó el candado a la puerta, después se irguió tras sacudirse el delantal blanco.

Era una mujer alta y de porte imperioso, guapa, con cejas negras muy marcadas. El suave cabello negro tenía perfecta la raya. Durante un rato se quedó quieta de pie mirando a los mineros que iban por la vía. Luego se volvió hacia el arroyo. Tenía el rostro tranquilo y decidido, la boca cerrada con desilusión. Tras un momento llamó:

—¡John! —no contestó nadie. Entonces esperó y dijo claramente—: ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —contestó la irritada voz de un niño entre los matorrales.

La mujer miró de un modo intenso el crepúsculo.

—¿Estás en el arroyo? —preguntó severamente.

Como respuesta, el chico se asomó por entre las cañas de frambueso que crecían como látigos. Era un niño pequeño y fornido de unos cinco años. Se quedó quieto y desafiante.

—¡Oh! —dijo la madre conciliadora—. Creí que estarías allí abajo en la arroyada. Recuerda lo que te dije...

El chico no se movió ni contestó.

—Ven, vamos adentro —dijo ella más cariñosa—, está anocheciendo. Por la vía viene la locomotora del abuelo.

El chico avanzó despacio con gesto lento y taciturno. Llevaba los pantalones y el chaleco de una tela demasiado dura y recia para su tamaño. Era evidente que habían sido recortados de una prenda de hombre.

Mientras se dirigían a la casa el niño arrancó unos ramos desmadejados de crisantemos y tiró los pétalos a puñados por el camino.

—No hagas eso. Eso no está bien —dijo la madre. Se quedó quieto y ella, compasiva de repente, arrancó una rama con tres o cuatro flores pálidas y se las llevó a la casa.

Cuando madre e hijo llegaron al patio, su mano vaciló y en vez de tirar las flores se las puso en el delantal. Ambos se quedaron al pie de los tres escalones mirando, a través del entramado de las vías a los mineros que regresaban a sus casas. El avance del pequeño tren era inminente. De pronto la máquina apareció tras la casa y se detuvo al otro lado de la verja.

El maquinista, un hombre bajo con barba gris y redondeada, se asomó desde la cabina por encima de la mujer.

—¿Tienes una taza de té? —dijo de modo alegre y franco. Era su padre.

Entró en la casa a prepararlo. Al poco rato volvió.

—No vine a verte el domingo —comenzó diciendo el hombre de la barba cana.

—No te esperaba —dijo la hija.

El maquinista hizo una mueca de vergüenza; luego, recuperando su alegre y ligero humor, dijo:

—¡Ah! ¿Entonces ya lo has oído? Bueno, ¿y qué piensas?

—Creo que es demasiado pronto —contestó ella.

Ante la breve censura de la hija, el hombrecillo hizo un gesto de impaciencia y dijo melosamente, aunque con peligrosa frialdad:

—Bueno, ¿y qué va a hacer uno? No es vida para un hombre de mi edad sentarse frente al fuego del hogar solo como un extraño. Y si me voy a volver a casar, cuanto antes mejor. ¿Qué le importa a nadie?

La mujer no contestó, sino que se dio la media vuelta y volvió a entrar en la casa. El hombre se quedó de pie en la cabina, a la defensiva, hasta que ella volvió con una taza de té y un trozo de pan con mantequilla en un plato. Subió los escalones metálicos y se quedó de pie al lado de la plataforma de la silbante máquina.

—No era necesario que trajeras pan con mantequilla —dijo su padre—, es suficiente con la taza de té—. Sorbió con agrado—. Está muy bueno —volvió a dar varios sorbos y añadió—: He oído que Walter cogió otra borrachera.

—¿Cuándo no lo ha hecho? —respondió ella con amargura.

—Oí decir que en el Lord Nelson presumía de que se iba a gastar todo el dinero antes de volver a casa, ¡medio soberano!

—¿Cuándo? —preguntó la mujer.

—El sábado por la noche. Y sé que es cierto.

—Es muy posible —sonrió ella amargamente—: sólo me da veintitrés chelines.

—¡Sí! Está muy bien eso de que un hombre no sepa hacer otra cosa con el dinero más que convertirse en un animal —dijo el hombre de la barba canosa.

La mujer bajó la cabeza. Su padre dio el último sorbo de té y le entregó la taza.

—¡Sí! —suspiró limpiándose la boca—. ¡Qué bien me siento, qué bien!

Puso la mano en la palanca. La pequeña máquina se tensó y gruñó y el tren salió dando tumbos hacia el cruce. La mujer miró de nuevo hacia la red de vías. La oscuridad se iba esparciendo entre las vías y los vagones. Los mineros todavía pasaban dirigiéndose hacia sus casas en sombríos grupos grises. La rebobinadora latía deprisa con breves pausas. Elizabeth Bates contempló el cansado flujo de hombres y luego entró en la casa. Su marido no había llegado. La cocina era pequeña y estaba iluminada con la luz de la lumbre; las brasas rojas, amontonadas, alumbraban la boca de la chimenea. Toda la vida de la habitación parecía anidar en la blanca y cálida chimenea y en el guardafuegos metálico que reflejaba el fuego rojo. El mantel estaba puesto para la cena. Las tazas centelleaban en la sombra. Al fondo, en los primeros escaños de la escalera de la habitación, el niño, sentado, peleaba con una navaja y un trozo de madera. Estaba casi escondido en las sombras. Eran las cuatro y media, sólo tenían que esperar a que el padre llegase para cenar. Mientras la madre observaba la pequeña y sorda lucha del hijo con la madera, se veía a sí misma en el silencio y en el empeño del niño; veía al padre en la indiferencia del chico hacia todo lo que no fuera él mismo. Parecía preocupada por su marido. Probablemente habría pasado de largo por la casa, delante de su propia puerta, para ir a tomar un trago antes de entrar, mientras que en la espera la cena se le enfriaba y se le pasaba.

Echó una mirada al reloj y después cogió las patatas para escurrirlas en el patio. Los campos y el jardín, más allá del arroyo, estaban envueltos en una oscuridad incierta. Cuando se levantó con la olla en las manos dejando tras de sí el sumidero que emanaba vapor en la noche, vio encendidas las lámparas amarillas a lo largo del camino que iba hacia el monte, más arriba de las vías y el campo.

De nuevo se quedó mirando a los hombres, ahora cada vez menos, que volvían a sus hogares. En la casa el fuego se iba consumiendo y la habitación se había teñido de un color rojo oscuro. La mujer puso la olla en la repisa de la chimenea y colocó el pudín cerca del horno. Luego se quedó de pie

inmóvil. Unos pasos ágiles, decididos, rápidos y gratos resonaron en la puerta. Alguien sujetó el pomo un momento, luego entró una niña y comenzó a quitarse la ropa de calle, arrastrando con el sombrero sobre sus ojos una masa de rizos que iban desde el dorado al castaño.

La madre la regañó por volver tarde de la escuela y le advirtió que en adelante tendría que quedarse en casa durante los oscuros días de invierno.

—¿Por qué, madre? ¡Si apenas está anocheciendo! La lámpara no está encendida y padre no ha llegado todavía.

—No, pero ya son las cinco menos cuarto. ¿Lo has visto en alguna parte?

La niña se puso seria. Miró a la madre con grandes y pensativos ojos azules.

—No, madre, no lo he visto. ¿Por qué? ¿Ha pasado de largo al Old Brinsley? No creo, porque no lo he visto.

—¡Ya se habrá ocupado él de eso! —dijo la madre con amargura—. Habrá tenido cuidado de que no lo vieras. Puedes estar segura de que está sentado en el Prince of Wales. Si no, no se retrasaría tanto.

La niña miró a la madre conmovidamente.

—Madre, vamos a ir cenando nosotros ¿no? —dijo.

La madre llamó a John a la mesa. Abrió la puerta una vez más y miró hacia la oscuridad de las vías. Todo estaba desierto. Ya no se oían las rebobinadoras.

—Quizá —se dijo— se haya quedado a terminar algo.

Se sentaron a cenar. John, en un extremo de la mesa cerca de la puerta, estaba casi perdido en la oscuridad. Sus rostros estaban ocultos unos de otros. La niña se agachó frente al guardafuego moviendo despacio una rebanada de pan ante el fuego. El muchacho, su rostro como una mancha oscura sobre las sombras, estaba sentado mirándola, transfigurada por el rojo resplandor.

—Creo que es hermoso mirar el fuego —dijo la niña.

—¿Sí? —dijo su madre—, ¿por qué?

—Es tan rojo y está tan lleno de cuevecitas. Uno se siente bien y se puede oler.

—Hay que mantenerlo —dijo la madre— porque si viene tu padre empezará a quejarse y dirá que el fuego nunca está encendido cuando un hombre llega sudando de la mina y que sin embargo el bar siempre está caliente.

Hubo un silencio hasta que el niño dijo quejándose:

—¡Date prisa, Annie!

—Pero ¿qué estoy haciendo? No puedo hacer que el fuego vaya más deprisa, o ¿sí?

—¡Ella pone la tostada y así va más lento! —protestó el niño.

—¡No seas tan mal pensado, niño! —dijo la madre.

En la oscuridad la habitación se llenó pronto del crujiente sonido de las bocas al masticar. La madre comió muy poco. Se bebió el té resuelta y se quedó pensativa. Cuando se levantó su enfado

era evidente por la rígida inflexibilidad de la cabeza. Contempló el pudín en el guardafuegos y exclamó:

—Es una vergüenza que un hombre ni siquiera venga a su casa a cenar. No sé por qué me ha de importar si se le quema la cena hasta quedar en cenizas. ¡Pasar por su misma puerta y marcharse directamente al bar! Y aquí me quedo yo sentada, esperándole con la cena preparada.

Salió afuera a por carbón. Según arrojaba trozos de carbón en el fuego rojo, las sombras iban deshaciéndose en las paredes hasta que la habitación quedó en una absoluta oscuridad.

—¡No veo! —gruñó el invisible John.

La madre rió a su pesar.

—El camino de la boca sí lo sabes, ¿no? —dijo ella. Y colocó el recogedor de la basura fuera. Cuando volvió a entrar como una sombra tapando la chimenea, el chico repitió protestando con mal humor:

—¡No veo!

—¡Dios mío! —gritó la madre enfadada—, eres tan pesado como tu padre cuando hay un poco de oscuridad.

No obstante cogió un trozo de papel del fajo que había en la repisa de la chimenea y se puso a encender la lámpara que colgaba del techo, en medio de la habitación. Cuando extendió el cuerpo hacia arriba, su figura apareció redondeada por la maternidad.

—¡Oh, madre! —exclamó la niña.

—¿Qué? —dijo la madre deteniéndose en el momento en que iba a colocar el cristal sobre la llama. El reflector de cobre brilló hermosamente sobre ella, mientras estaba de pie con el brazo levantado, volviendo el rostro hacia la hija.

—¡Tienes una flor en el delantal! —dijo la niña como con un breve éxtasis ante ese acontecimiento tan poco común.

—¡Madre mía! —exclamó la mujer aliviada—. Se podría pensar que se quemaba la casa.

Volvió a colocar el cristal en la lámpara y esperó un momento antes de subir la luz de la mecha. Se vio una sombra pálida flotando en el suelo vagamente.

—¡Déjame olerla! —dijo la niña extasiada aún, acercándose a ella y apoyando la cara contra la cintura de la madre.

—No seas tonta —dijo la madre subiendo la llama de la lámpara. La luz reveló su tensión de modo que casi no pudo soportarlo. Annie todavía estaba apoyada en su cintura. Irritada, la madre se quitó las flores de las cintas del delantal.

—¡Oh, madre, no te las quites! —gritó Annie, sujetándole la mano e intentando colocarle de nuevo el ramito.

—¡Qué tontería! —dijo la madre, volviéndose. La niña se acercó los pálidos crisantemos a la boca, murmurando:

—¡Qué bien huelen!, ¿verdad?

La madre esbozó una pequeña risa.

—No —dijo—, para mí no. Hubo crisantemos cuando me casé, cuando tú naciste y la primera vez que le trajeron borracho llevaba crisantemos oscuros en el ojal de la solapa.

Miró a los niños. Los ojos y labios entreabiertos de los niños estaban ensimismados. La madre se sentó meciéndose en silencio durante un rato. Después miró el reloj.

—¡Las seis menos veinte! —y con un tono de despreocupación delicada y amarga continuó—: No, si no vendrá hasta que le traigan. Se quedará allí. Pero ya puede venir envuelto en toda la suciedad de la mina que yo no voy a lavar. Ya puede acostarse en el suelo. ¡Qué tonta he sido, Dios mío, qué tonta! Y esto es para lo que he venido aquí, a este sucio agujero con ratas, y todo para que pase por la mismísima puerta de largo. Ahora ya está empezando...

Guardó silencio y se levantó a quitar la mesa.

Los niños jugaron durante una hora o más, concentrados, con gran imaginación, unidos por el miedo a la ira de la madre y aterrados ante la llegada del padre.

La señora Bates estaba sentada en la mecedora cosiendo una camiseta de franela gruesa de color crema, lo que producía un sonido sordo y herido cuando rasgaba los rebordes. Trabajaba afanada en su costura, oyendo a los niños, y su enfado iba aletargándose; apoyó la cabeza para descansar, abriendo los ojos de vez en cuando y mirando fijamente, con los oídos atentos. A veces hasta su enfado venía a menos y se encogía, y la madre suspendía la costura, siguiendo los pasos que resonaban fuera en los trozos de madera entre los raíles; levantaría la cabeza para hacer callar a los niños mientras escuchaba los pasos, pero de nuevo se recuperaba y los pasos seguían de largo y los niños continuaban en su mundo de juegos.

Pero al fin Annie suspiró y dejó de jugar. Miró el tren de zapatillas y dejó de jugar. Se volvió lastimeramente a su madre:

—¡Mamá! —pero no le salieron las palabras.

John salió de debajo del sofá arrastrándose como una rana. La madre levantó la vista hacia ellos.

—¡Sí—dijo ella—, mírate las mangas!

El chico las levantó para observarlas, sin decir nada.

Entonces alguien gritó afuera en las vías con una fuerte voz, y el suspense se erizó en la habitación, hasta que dos personas pasaron de largo por la casa, charlando.

—¡Es hora de acostarse! —dijo la madre.

—Pero padre todavía no ha llegado —Annie se quejó entre sollozos. Pero la madre estaba muy enfadada.

—¡No importa. Ya le traerán cuando esté como un tronco! —Quería decir que no habría ninguna escena desagradable—. ¡Y ya puede dormir en el suelo hasta que se despierte. Supongo que después de esto no irá a trabajar mañana!

Limpió la cara y las manos de los niños con una manopla. Estaban callados. Cuando se pusieron los pijamas rezaron aunque el niño lo hizo a regañadientes.

La madre bajó la vista hacia ellos, miró la sedosa mata marrón de rizos en la nuca de la niña, la oscura cabecita del niño, y su corazón estalló en cólera contra el padre que les causaba tanto pesar a los tres. Los niños escondían las caras entre las faldas de la madre como buscando alivio.

Cuando la señora Bates bajó, la habitación estaba extrañamente vacía, con una tensión de espera. Volvió a coger su costura y dio unas cuantas puntadas sin levantar la cabeza. Mientras tanto su cólera se teñía de temor.

II

El reloj dio las ocho y la mujer se levantó de pronto, dejando la costura sobre la silla. Se dirigió a la puerta de escalones, la abrió y se quedó escuchando. Después salió echando el cerrojo de la puerta.

Se oyó algo arrastrarse en el patio y se asustó, aunque sabía que tan sólo se trataba de las ratas que invadían el lugar. La noche era muy oscura. En el enorme tramo de vías, como abultado por los vagones, no había rastro de luces, sólo allá a lo lejos se podían ver unas cuantas luces amarillas, y la mancha roja del patio de la mina en la noche. Comenzó a caminar más deprisa por los lados de la vía, luego, cruzando las vías convergentes, llegó a la cerca con verjas blancas que daban al camino. Entonces el miedo que la había dominado disminuyó. Algunas gentes caminaban hacia New Brinley; vio las luces de las casas; veinte yardas más adelante estaban los grandes ventanales del Prince of Wales, cálido y luminoso, y se podían oír claramente las fuertes voces de los hombres.

¡Qué tonta había sido pensando que le podía haber pasado algo! Simplemente estaría allí bebiendo, en el Prince of Wales. Vaciló. Hasta ahora no había ido nunca a buscarle y jamás iría. De modo que continuó caminando hacia la larga y dispersa hilera de casas que permanecían negras en la carretera.

Entró en un pasaje situado entre las pobres viviendas.

—¿Señor Rigley?

—¿Sí? ¿Quería verle? No, no está en este momento.

Una mujer fuerte se asomó desde una oscura cocina y miró desconfiada a la otra mujer sobre la que caía una luz mortecina que salía a través de las persianas de la cocina.

—¿Es usted la señora Bates? —preguntó con un tono teñido de respeto.

—Sí, soy yo. Me preguntaba si estaría en casa su marido. El mío no ha llegado todavía.

—¿Todavía no? ¡Ah! Jack vino, cenó y se ha marchado. Ha salido media hora antes de acostarse. ¿Ha ido usted al Prince of Wales?

—No...

—Claro, no ha querido... No es agradable. —La otra mujer era comprensiva. Se hizo una pausa tensa—. Jack no me dijo nada de su marido —comentó.

—¡No! Supongo que estará allí metido.

Elizabeth Bates dijo esto con amargura y temeridad. Sabía que la vecina, al otro lado del patio,

estaba en la puerta de su casa, pero no le importó.

Y cuando se marchaba:

—Espere. Iré y le preguntaré a Jack a ver si sabe algo —dijo la señora Rigley.

—Oh, no, no quisiera causarle molestias...

—Sí, iré si usted entra un momento y vigila a los chicos para que no bajen y se quemen.

Elizabeth Bates, protestando, entró. La otra mujer se disculpó por el estado del cuarto. La cocina estaba como para disculparse. Había batas, pantalones y ropa interior de los niños sobre el sofá y el suelo, y un basurero de juguetes por todas partes. Sobre el negro mantel americano había migas de pan, trozos de pastel, cáscaras y líquidos derramados y una tetera con té frío.

—¡Bah! La nuestra está igual —dijo Elizabeth Bates mirando a la mujer no a la casa. La señora Rigley se puso un chal por la cabeza y salió deprisa diciendo:

—¡No tardaré nada más que un minuto!

La otra mujer tomó asiento notando con cierta desaprobación el desorden general de la habitación. Entonces comenzó a contar los zapatos de diferentes números que estaban esparcidos por el suelo. Había doce. Suspiró y se dijo: «No me extraña», mirando al basurero. Se oyó el arrastrar de dos pares de pies en el patio y los Rigley entraron. Elizabeth Bates se levantó. Rigley era un hombre alto de grandes huesos. Tenía la cabeza particularmente huesuda. A lo largo de la sien tenía una cicatriz azul causada por una herida en la mina, una herida en la que el carbón se había puesto azul como un tatuaje.

—¿Aún no ha ido a casa? —preguntó el hombre sin saludar, pero con deferencia y comprensión —. No podría decirle dónde está, porque allí no está —dijo moviendo la cabeza hacia el Prince of Wales.

—Quizá haya ido al «Yew» —dijo la señora Rigley.

Hubo otra pausa. Era evidente que Rigley quería quitarse algo de la cabeza.

—Yo le dejé terminando la faena —empezó a decir—. Hacía diez minutos había tocado el pito para el fin de turno cuando salimos y yo le pregunté: «¿Vienes Walt?», y él dijo: «Marchaos vosotros, yo sólo tardaré un minuto», de modo que salimos del pozo Bowers y pensamos que vendría detrás con el otro grupo.

Se quedó perplejo, como si estuviera contestando a la acusación de haber abandonado a su compañero. Elizabeth Bates, ahora de nuevo convencida de un desastre, se apresuró a tranquilizarle:

—Seguro que se ha ido al «Yew Tree» como usted dice. No es la primera vez. Otras veces ya me he enfadado por lo mismo. Vendrá a casa cuando lo traigan.

—¡Ay, pobrecilla, qué pena! —se lamentó la otra mujer.

—Iré a casa de Dick, a ver si está allí —se ofreció el hombre, temeroso de parecer alarmado y de tomarse algunas libertades.

—Oh, no quisiera molestarle tanto —dijo Elizabeth Bates con énfasis, pero él se dio cuenta de que su ofrecimiento la alegraba.

Cuando caminaban hacia el pasaje dio un traspié, Elizabeth Bates oyó a la esposa de Rigley que corría por el patio y abría la puerta de su vecina. Ante esto toda la sangre del cuerpo pareció golpearle el corazón.

—¡Cuidado! —dijo Rigley—. Ya he dicho que tengo que arreglar estos agujeros porque alguien va a romperse una pierna.

Ella se recompuso y se puso a caminar rápidamente al lado del minero.

—No me gusta dejar a los chicos en la cama cuando no hay nadie en la casa —dijo ella.

—¡No, claro! —contestó él con cortesía. Pronto llegaron a la entrada de la casa.

—¡Bien! No tardaré apenas. No se alarme, todo irá bien —dijo el compañero.

—¡Muchas gracias, señor Rigley! —dijo ella.

—¡De nada! —tartamudeó él alejándose—. No tardaré mucho.

La casa estaba tranquila. Elizabeth Bates se quitó el sombrero y el chal y arregló la alfombra. Cuando terminó, se sentó. Eran las nueve y algo. Se asustó del jadeo de la rebobinadora allá en la mina y del agudo chirrido de la soga en los frenos al descender. De nuevo sintió el doloroso estremecimiento de su sangre y se puso la mano en el costado diciendo en voz alta:

—¡Dios mío, que sólo se trate del capataz de las nueve que baja! —dijo como en un reproche.

Se quedó quieta escuchando. A la media hora ya estaba agotada.

—¿Por qué me estoy preocupando tanto? —se dijo a sí misma con lástima—. Así sólo lograré hacerme daño.

Volvió a coger la costura.

A las diez menos cuarto oyó unos pasos. ¡Una sola persona! Esperó a que la puerta se abriera. Era una mujer mayor con sombrero negro y un chal negro de lana, su suegra. Tenía unos sesenta años, pálida, de ojos azules y el rostro lleno de arrugas y marcado por el sufrimiento.

Cerró la puerta y se dirigió a su nuera, lamentándose:

—¡Ay! Lizzie. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? —gimió.

Elizabeth se irguió rápidamente.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó.

La mujer mayor se sentó en el sofá.

—No lo sé, niña. No puedo decir nada —meneando la cabeza despacio. Elizabeth permaneció sentada observándola, preocupada y nerviosa.

—No lo sé —replicó la abuela, suspirando profundamente—. Mis penas no se acaban nunca, nunca. Las cosas por las que he pasado, creo que ya son suficientes... —Lloraba sin secarse las lágrimas que le corrían por la cara.

—Pero madre —la interrumpió Elizabeth—, ¿qué quiere decir? ¿Qué sucede?

La abuela se limpió los ojos despacio. Dejó de derramar lágrimas ante la pregunta tan directa de

Elizabeth. Se secó las lágrimas lentamente.

—¡Pobre hija, pobrecita! —gimió—. No sé lo que vamos a hacer, no sé... y estando tú así... es algo... ¡desde luego!

Elizabeth esperó.

—¿Está muerto? —preguntó y ante sus propias palabras el corazón se le estremeció violentamente, aunque sintió un leve rubor de vergüenza ante la categórica exageración de su pregunta. Sus palabras asustaron a la anciana, haciéndole casi recuperar el control.

—¡No digas eso, Elizabeth! Espero que no sea algo tan terrible; no, que el Señor no haga caer eso sobre nosotros, Elizabeth. Jack Rigley llegó justo cuando estaba tomándome un vaso de leche antes de irme a la cama y me dijo: «Será mejor que vaya a la casa de su hijo, señora Bates. Walt ha tenido un accidente. Será mejor que vaya y espere con ella hasta que lo llevemos allí». No me dio tiempo a preguntarle nada más antes de que se marchara. Me puse el sombrero y me vine directamente. Y pensé: «Esa pobre criatura, si alguien llega y se lo dice de repente, no se sabe lo que podría pasar. No debes preocuparte, Lizzie, ya sabes lo que puede pasar. ¿De cuántos meses estás? ¿Seis meses o cinco, Lizzie? Sí —la anciana movió la cabeza—, el tiempo pasa, ¡cómo pasa el tiempo!

Los pensamientos de Elizabeth estaban en otra parte. Si estaba muerto, ¿podría arreglárselas con la pequeña pensión y con lo que ella pudiera ganar? Hizo cuentas rápidamente. Si estaba malherido —no lo llevarían al hospital—, ¡qué carga tan grande sería cuidarle! Pero quizá conseguiría alejarlo de la bebida y de sus odiosas consecuencias. Lo conseguiría sólo mientras estuviese enfermo. Las lágrimas estaban a punto de brotarle ante esa posibilidad. Pero, ¿qué lujo sentimental era ese que se estaba permitiendo? Se puso a pensar en los niños. Bajo cualquier circunstancia ella les era absolutamente necesaria. Ellos eran asunto suyo.

—Si parece que fue ayer cuando me trajo el primer sueldo —repitió la anciana—. ¡Sí! Era un buen muchacho, Elizabeth. Lo era a su manera. No sé por qué se convirtió en semejante problema, no sé. En casa era un muchacho feliz, tan lleno de vitalidad. Pero no hay duda de que ha creado muchos problemas. Espero que el señor le perdone y pueda encontrar el buen camino. Espero que así sea. Tú has tenido muchos problemas con él, Elizabeth. Los has tenido. Pero conmigo fue un muchacho alegre, te lo puedo asegurar. No sé cómo...

La anciana continuó divagando en voz alta, un sonido monótono e irritante, mientras Elizabeth pensaba detenidamente; se sobresaltó cuando oyó a la rebobinadora jadear deprisa y los frenos chirriando. Luego oyó la máquina más lenta, y los frenos no hicieron ruido. La anciana no se dio cuenta. Elizabeth esperó en suspense. La suegra seguía hablando callándose de vez en cuando.

—Pero él no era tu hijo, Lizzie. Y en eso hay una diferencia. Fuera lo que fuera, recuerdo cuando era pequeño y aprendí a conocerlo y a perdonarlo. Una tiene que perdonarlos...

Eran las diez y media y la anciana estaba diciendo: «Pero hay problemas desde el principio hasta el fin y nunca se es demasiado viejo para eso...», cuando resonó la verja y se oyeron unos pasos pesados en los escalones.

—Ya voy yo, Lizzie, déjame que vaya yo —dijo la anciana, levantándose. Pero Elizabeth estaba ya en la puerta. Era un hombre con ropa de la mina.

—Ya lo traen, señora —dijo—. A Elizabeth se le paró el corazón por un momento. Luego volvió a palpitarle casi ahogándola.

—¿Está... está mal? —preguntó.

El hombre desvió la mirada hacia la oscuridad.

—El médico dice que llevaba horas muerto. Él le vio en la cabina de las lámparas.

La anciana, que estaba justo detrás de Elizabeth, se dejó caer en una silla y cruzó las manos llorando: «¡Oh! mi niño, mi niño».

—Guarde silencio —dijo Elizabeth con el entrecejo súbitamente fruncido—. Estese callada, madre, va a despertar a los niños: no querría que bajasen ahora por nada en el mundo.

La anciana gimió en voz baja, meciéndose. El hombre se marchaba. Elizabeth dio un paso adelante.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Bueno, yo no lo puedo decir con seguridad —dijo el hombre incómodo—. Estaba terminando una faena y se habían ido sus compañeros cuando un montón de carbón se le vino encima.

—¿Y lo aplastó? —preguntó temblando la viuda.

—No, cayó de espaldas. No le tocó la cara. Quedó encerrado. Parece que se asfixió.

Elizabeth se retiró. Oyó a la anciana tras ella gritando:

—¿Qué... qué dicen que fue?

El hombre respondió más alto: «Se asfixió». Entonces la anciana sollozó en voz alta y esto alivió a Elizabeth.

—¡Oh, madre —dijo poniendo una mano sobre la anciana—, no despierte a los niños, no los despierte!

Lloró un poco sin darse cuenta mientras la anciana se mecía y sollozaba.

Elizabeth recordó que lo iban a traer a casa y debía prepararlo todo.

—Lo pondrán en la salita —se dijo a sí misma, quedándose por un momento pálida y perpleja.

Luego encendió una vela y entró en la pequeña habitación. El aire estaba frío y húmedo, pero no se podía hacer fuego porque no había chimenea. Colocó la vela y miró alrededor. La luz de la vela se reflejaba en los vasos de cristal, en los dos jarrones que contenían algunos crisantemos rosas y la madera de caoba oscura. Había un olor a crisantemos frío y letal en la habitación. Elizabeth se quedó mirando las flores. Desvió la mirada y calculó si habría sitio para ponerlo en el suelo entre el canapé y el aparador. Apartó las sillas a un lado. Habría sitio para ponerlo en el suelo y pasar por los lados. Luego recogió el viejo mantel rojo y otro trapo viejo y los extendió en el suelo para preservar la pequeña alfombra. Comenzó a temblar al salir de la salita; sacó una camisa limpia del armario y la puso a calentar. Durante todo este tiempo su suegra seguía meciéndose y llorando.

—Tendrá que quitarse de ahí, madre —dijo Elizabeth—. Lo van a traer. Siéntese en la mecedora.

La anciana se levantó mecánicamente y se sentó al lado del fuego, continuando con sus lamentos.

Elizabeth entró en la despensa a buscar otra vela. Y allí, estando en la pequeña despensa de azulejos desnudos los oyó llegar. Se quedó quieta en la puerta de la despensa, escuchando. Los oyó pasar junto a la casa y bajar con torpeza los tres escalones, una confusión de pisadas que se arrastraban y voces entrecortadas.

La anciana estaba en silencio. Los hombres estaban ya en el patio.

Entonces Elizabeth oyó a Mathews, el jefe de la mina, que dijo:

—¡Ve tú primero, Jim! ¡Con cuidado!

Se abrió la puerta y las dos mujeres vieron a un minero que entraba de espaldas a la habitación, sujetando un extremo de la camilla en la que se podía ver las suelas claveteadas de las botas del muerto. Los dos hombres que llevaban la camilla se pararon: el que estaba a la cabeza del muerto se agachó en el dintel de la puerta.

—¿Dónde lo dejamos? —preguntó el jefe, un hombre bajo y de barba blanca. Elizabeth tomó fuerzas y salió de la despensa con la vela apagada.

—En el saloncito —dijo.

—Por allí, Jim —señaló el jefe de la mina, y los hombres que llevaban la camilla retrocedieron hasta el pequeño cuarto. El abrigo con el que habían cubierto el cuerpo se cayó cuando pasaron entre las dos puertas y las mujeres vieron a su hombre desnudo hasta la cintura, como cuando trabajaba. La anciana comenzó a gemir en voz baja, horrorizada.

—Poned la camilla a un lado —ordenó el jefe— y vestidle. ¡Cuidado ahora!... ¡Mirad lo que hacéis!...

Uno de los hombres había volcado uno de los jarrones con crisantemos. Lo miró aturdido y dejaron la camilla en el suelo. Elizabeth no miró a su marido. Tan pronto como pudo entrar en el cuarto fue y recogió los trozos del jarrón y las flores.

—Esperen un momento —dijo.

Los tres hombres esperaron en silencio mientras ella secaba el agua con un trapo.

—¿Eh? ¡Qué faena, qué faena! —decía el jefe frotándose la frente preocupado y perplejo.

—¡Nunca he visto una cosa igual en mi vida, nunca. No tenía por qué haberse quedado. No había visto una cosa así jamás. Se le cayó a un lado, limpiamente y le cercó. Ni medio metro de espacio. Y aún así ni un moratón!

Bajaba la vista hacia el hombre muerto, tumbado boca abajo, desnudo hasta la cintura, todo sucio de carbonilla.

—Asfixiado —dijo el doctor—: es el accidente más terrible que jamás he visto. Parece como hecho a propósito. Le pasó por un lado y le encerró como en una ratonera —e hizo un gesto tajante hacia abajo con la mano.

Los mineros que estaban cerca de pie apartaron la mirada como en un comentario desesperado.

El horror del suceso se erizaba sobre todos ellos.

Entonces oyeron arriba la voz de una niña que chillaba:

—¡Mamá, mamá! ¿Quién es? Mamá, ¿quién es?

Elizabeth se precipitó al pie de la escalera y abrió la puerta:

—¡A dormir! —le ordenó bruscamente—, ¿por qué gritas? A dormir ahora mismo. ¡No pasa nada!

Entonces comenzó a subir las escaleras. Se la podía oír pisando las maderas y el suelo de argamasa en el pequeño dormitorio. La podían oír claramente.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué te pasa, tontita? —Su voz estaba agitada con una suavidad irreal.

—Creía que habían llegado unos hombres —dijo la voz quejosa de la niña—. ¿Ha llegado ya papá?

—Sí, lo han traído. No hay de qué preocuparse. Ahora, a dormir como una niña buena.

Su voz se podía oír en el dormitorio y ellos esperaron hasta que tapó a los niños con la ropa de la cama.

—¿Está borracho? —preguntó tímida y débilmente la niña.

—¡No, no... no, tan sólo está dormido!

—¿Está dormido abajo?

—Sí, y no hagas ruido.

Hubo un rato de silencio, y luego los hombres oyeron de nuevo a la niña asustada:

—¿Qué es ese ruido?

—No es nada. Te digo que no es nada, ¿de qué te preocupas?

El ruido eran los gemidos de la abuela. Ella estaba ajena a todo, sentada en su mecedora y gimiendo. El capataz le puso la mano en el brazo y le pidió:

—Chist... Chist...

La anciana abrió los ojos y le miró. La interrupción la sobresaltó y parecía sorprendida.

—¿Qué hora es? —dijo la quejosa y débil voz de la niña en una última pregunta antes de quedarse tristemente dormida.

—Las diez —respondió la madre más suavemente. Luego debió de agacharse y besar a los niños.

Matthews hizo un gesto a los hombres para que se fueran. Se pusieron las gorras y cogieron la camilla. Pasando por encima del cuerpo salieron de la casa de puntillas. Ninguno de ellos habló hasta que estuvieron lejos de los niños, que podían despertarse.

Cuando Elizabeth bajó, se encontró a su madre sola sobre el suelo del salón, inclinada sobre el cuerpo del muerto, las lágrimas cayendo sobre él.

—Debemos prepararlo —dijo la esposa.

Puso agua a calentar, volvió, se arrodilló a sus pies y comenzó a desabrochar los nudos de los cordones de las botas. La habitación estaba húmeda y lóbrega con una sola vela, de modo que tuvo que inclinar el rostro hasta el suelo. Por fin logró sacarle las pesadas botas y las puso a un lado.

—Ahora tiene usted que ayudarme —le dijo a la anciana. Juntas desnudaron al hombre.

Cuando se pusieron de pie y lo vieron yacente con la inocente dignidad de la muerte, las dos mujeres se quedaron quietas con temor y respeto. Por un momento permanecieron detenidas, mirando hacia abajo, la anciana lloriqueando. Elizabeth se sintió anulada. Vio cuán absolutamente inviolable yacía en sí mismo. Ella no tenía nada que ver con él. No podía aceptarlo. Agachándose puso una mano sobre él como reclamándole. Todavía estaba caliente, pues en la mina, donde había muerto, hacía calor. La madre tenía el rostro escondido entre las manos y murmuraba de una forma incoherente. Sus viejas lágrimas le caían una tras otra como gotas de hojas mojadas; la madre no lloraba, simplemente se le caían las lágrimas. Elizabeth estrechó el cuerpo de su marido con las mejillas y los labios. Parecía estar escuchando, preguntando, tratando de conseguir alguna conexión con él. Pero no podía. Él la apartaba. Era inexpugnable.

Se levantó y fue a la cocina donde vertió agua caliente en una palangana, cogió jabón, unos paños y una toalla suave.

—Tengo que lavarlo —dijo.

Entonces la anciana madre se irguió levantándose y observó a Elizabeth mientras ésta cuidadosamente le lavaba la cara, frotando con cuidado y con empeño el gran bigote rubio sobre la boca. Tuvo un miedo sin fondo, así que procedió a lavarle como si le estuviese administrando los sacramentos. La anciana dijo celosa:

—¡Déjame secarlo! —y se arrodilló al otro lado, secándolo lentamente mientras Elizabeth le lavaba, rozando de vez en cuando su gran sombrero negro con la cabeza oscura de la nuera. Así se afanaron las dos en silencio durante un largo rato. En ningún momento olvidaban que aquello era la muerte, y el tacto del cuerpo muerto del hombre les producía extrañas sensaciones, diferentes sensaciones a cada una de ellas, les embargaba un gran temor. La madre se sentía negada en su vientre, había sido aniquilada; la esposa sentía la profunda soledad del alma humana, el niño que llevaba dentro como un peso separado de ella.

Finalmente todo había terminado. Él era un hombre de cuerpo gallardo y su rostro no mostraba huellas de la bebida. Era rubio, fornido, de finos miembros. Pero estaba muerto.

—¡Dios le bendiga! —susurró la madre, siempre mirándole la cara y hablando por puro terror decía: «Querido muchacho... ¡Dios te bendiga!» con un débil y sibilante éxtasis de miedo y amor materno.

Elizabeth volvió a inclinarse hacia el suelo, puso la cara contra su cuello y tembló y se estremeció. Pero de nuevo tuvo que apartarse. Él estaba muerto y la carne viva de ella no tenía lugar contra la de él. El miedo y el cansancio la embargaron; se sentía tan vana... Así había pasado su vida.

—¡Blanco como la leche, tierno como un bebé de doce meses. Dios te bendiga, querido mío! —murmuró la anciana para sí—. Ni una marca, claro, limpio y blanco, hermoso como siempre fue de niño —murmuró con orgullo. Elizabeth mantenía el rostro oculto.

—¡Se ha ido en paz, Lizzie, como dormido! ¿No es hermoso el cordero? Sí, ya estará en paz. No tendría este aspecto si no hubiese encontrado la paz consigo mismo. ¡El cordero, mi querido cordero! ¡Tenía una risa tan sonora! ¡Me encantaba oírse! Tenía una risa tan alegre, Lizzie, como un niño...

Elizabeth levantó la mirada. La boca del hombre estaba hundida hacia atrás, ligeramente abierta

bajo el bigote. Los ojos, a medio cerrar, no parecían vidriosos en la oscuridad. La vida con su humeante brillo se había alejado de él, le había dejado separado y totalmente alejado de ella. Y ella sabía lo ajeno que le resultaba él. En su vientre tenía hielo de miedo por este alejado y extraño ser con quien había vivido como en una sola carne. ¿Era esto lo que significaba todo? Un completo e intacto estado de separación, oscurecido por el calor de vivir. Apartó la cabeza con miedo. El rostro era demasiado letal. No había nada entre ellos y sin embargo habían estado unidos, intercambiando repetidamente su desnudez. Cada vez que él la había poseído, habían sido dos seres aislados, distantes como ahora. Él no era más responsable que ella. El niño era como hielo en su seno. Porque mientras miraba al muerto, su mente fría y distante decía claramente: ¿Quién soy yo? ¿Qué he estado haciendo? He estado luchando con un marido que no existía. Él era el que existía. ¿Qué mal he hecho? ¿Con quién he estado viviendo? Ahí está la realidad, este hombre. Y su alma se desvanecía de miedo, ella sabía que nunca lo había visto, él nunca la vio, se habían encontrado en la oscuridad, sin saber a quién encontraban y con quién luchaban. Y ahora ella le veía y se quedaba en silencio al verle. Porque había estado equivocada. Había dicho que él era algo que no era; creía haberle conocido. Mientras, él había estado siempre lejos, viviendo como ella no había vivido, sintiendo como ella no había sentido jamás.

Con miedo y vergüenza miró el cuerpo desnudo que ella había conocido mal. Y él era el padre de sus hijos. El alma se le arrancó del cuerpo y se le quedó aparte. Miró el cuerpo desnudo y sintió vergüenza como si hubiera renegado de él. Después de todo, eso era él. Le pareció horrible. Miró su rostro y después volvió el suyo contra la pared. Porque la mirada de él era otra distinta a la suya. Ella le había negado lo que era, ahora lo veía claro. Lo había rechazado tal como era. Y ésta había sido su vida y la de él. Se sentía agradecida a la muerte que restauraba la verdad. Y sabía que ella no estaba muerta.

Y durante todo este tiempo estallaba en dolor y pena por él. ¿Cuánto había sufrido? ¡Qué trecho de dolor para este hombre desesperado! Estaba rígido con angustia. No había podido ayudarlo. Había sido cruel, este hombre desnudo, este otro ser, y ella no podía repararlo. Además estaban los niños, pero los niños pertenecían a la vida. Este hombre muerto ya no tenía nada que ver con ellos. Él y ella tan sólo fueron canales por los que había brotado la vida para crear a los niños. Ella era madre pero ahora sabía cuán horrible había sido ser esposa. Y él, muerto ahora, cuán horrible debió de sentir el ser esposo. Presintió que en el otro mundo sería un extraño para ella. Si se encontraran allí en el más allá tan sólo sentirían vergüenza de lo que había existido antes. Los niños habían llegado a través de ellos por alguna misteriosa razón. Pero los niños no los habían unido. Ahora que él estaba muerto, ella sabía cuán eternamente distante estaba de ella. Vio cerrado un episodio de su vida. Ambos se habían negado en vida. Ahora él se había ido. Una angustia la sobrecogió. Todo había terminado; entre ellos no había habido nunca esperanza ni siquiera antes de que él muriera. Sin embargo, él había sido su marido, ¡pero qué poco!

—¿Tienes ya la camisa, Elizabeth?

Elizabeth dio media vuelta sin contestar, aunque se esforzó por llorar y comportarse como su suegra esperaba. Pero no podía, estaba reducida al silencio. Entró en la cocina y volvió con la prenda.

—Está oreada —dijo, cogiendo la camisa de algodón por aquí y por allí para ver si estaba oreada.

Casi sintió vergüenza al sujetarle; qué derecho tenía ella o cualquiera a ponerle las manos encima; pero el tacto de ella era un tacto humilde sobre su cuerpo. Fue difícil vestirle. Estaba tan pesado e inerte. Un miedo terrible la inundó durante todo el rato: que él pudiera estar tan pesado y tan inerte, insensible, distante. El horror de la distancia entre ellos era demasiado para ella. ¡Era un abismo tan infinito por el que debía mirar!

Por fin todo se acabó. Lo cubrieron con una sábana y lo dejaron tumbado, el rostro amortajado. Cerró con llave la puerta del saloncito por miedo a que los niños lo vieran allí tumbado.

Entonces, con paz hundida en su corazón, salió a ordenar la cocina. Sabía que se sometía a la vida que era su dueña inmediata. Pero de la muerte, su último amo, se apartaba con miedo y vergüenza.

TÚ ME ACARICIASTE

POTTERY HOUSE era una casa de ladrillo cuadrada y fea, rodeada por un muro que la aislaba del resto de los alrededores de la alfarería. Por seguridad, un seto privado separaba parcialmente la casa y el patio de la fábrica: pero sólo parcialmente. A través del seto podían verse los patios desolados y las múltiples ventanas de la fábrica y por encima del seto las chimeneas y las casas anexas, pero dentro del seto un confortable jardín con césped bajaba hasta la alberca que en otro tiempo había abastecido la fábrica.

La alfarería estaba ahora cerrada, las grandes puertas del patio permanentemente cerradas. Ya no estaban los grandes cajones apilados en los cobertizos por los que asomaba la paja amarilla. Ya no estaban los carros tirados por caballos percherones que rodaban cuesta abajo con una tremenda carga. Ya no estaban las chicas con sus batas coloreadas de arcilla, con el rostro y el cabello salpicados por un barro gris muy fino, gritando y bromeando con los hombres. Todo eso ya pasó.

—Ahora nos gusta más, mucho más, está todo más tranquilo —decía Matilda Rockley.

—Claro —asentía Emmie Rockley, su hermana.

—Por supuesto —afirmaba el visitante.

Pero si a las chicas Rockley les gustaba más o solamente imaginaban que así era, eso es otro asunto. De hecho, sus vidas eran mucho más grises y aburridas ahora que la arcilla gris había dejado de esparcir su barro y de salpicar su polvo por los locales. No se daban cuenta de hasta qué punto echaban de menos el griterío y el bullicio de las muchachas a las que habían conocido toda su vida y que tanto les desagradaban.

Matilda y Emmie eran ya unas solteronas. En un distrito industrial, no es fácil para las chicas que tienen expectativas encontrar marido. La fea ciudad industrial estaba llena de hombres, hombres jóvenes dispuestos a casarse. Pero eran mineros o trabajadores, simples obreros. Las chicas Rockley tendrían cerca de diez mil libras cada una cuando su padre falleciese: diez mil libras de bienes rentables. No era para despreciarlo: así lo consideraban ellas y se abstendrían de desperdiciar tal fortuna con cualquier miembro del proletariado. Por eso, oficinistas, clérigos o maestros de escuela habían fracasado en sus intentos y Matilda había comenzado a abandonar la idea de irse de Pottery House.

Matilda era una chica rubia alta, delgada y elegante, con una nariz bastante larga. Ella era la María respecto a la Marta de Emmie. Es decir, Matilda adoraba la pintura y la música, y leía muchas novelas, mientras que Emmie cuidaba de la casa. Emmie era más baja y regordeta que su hermana, y no tenía otras habilidades. Admiraba a Matilda, cuya mente era más refinada y sensible.

A su modo, melancólico y tranquilo, las dos chicas eran felices. Su madre había muerto. Su padre también estaba enfermo. Era un hombre inteligente y educado, pero prefería permanecer como si fuese uno más del resto de los trabajadores. Tenía pasión por la música y tocaba el violín bastante bien. Pero ahora envejecía, estaba enfermo y se moría de una enfermedad del riñón. Había sido un gran bebedor de whisky.

Éste era el tranquilo hogar, con una sirvienta, que año tras año vivía en Pottery House. Los

amigos venían, las chicas salían, el padre bebía cada vez más enfermo. En la calle había un continuo trasiego de los mineros y sus perros y de niños. Pero dentro de los muros de la alfarería había una tranquilidad desierta.

En esta miel sólo había una mosca. Ted Rockley, el padre de las chicas, había tenido cuatro chicas y ningún chico. Cuando sus chicas crecían él se sentía disgustado de estar siempre en una casa rodeado de mujeres. Fue a Londres y adoptó a un chico de la beneficencia. Emmie tenía catorce años y Matilda dieciséis cuando su padre llegó a casa con su prodigio, un chico de seis años, Hadrian.

Hadrian era un chico vulgar de la beneficencia, con un vulgar pelo castaño, ojos azulados vulgares y un acento vulgar. Las chicas Rockley —eran tres en el momento de su llegada— se habían resentido de su aparición entre ellas. Él, con su instinto observador y de chico de beneficencia, lo supo enseguida. A pesar de sus seis años tenía un gesto sutil y burlón cuando miraba a las tres chicas. Ellas insistían en que habría de llamarlas primas: prima Flora, prima Matilda y prima Emmie. Él accedió pero con cierta burla en el tono.

Las chicas, sin embargo, eran cariñosas por naturaleza. Flora se casó y se fue de casa. Hadrian hacía lo que quería con Matilda y Emmie, aunque eran algo estrictas. Creció en Pottery House y en sus aledaños, fue a la escuela primaria y todo el mundo le llamaba Hadrian Rockley. Miraba a prima Matilda y prima Emmie con una indiferencia lacónica, era callado y reticente en sus modales. Las chicas le decían pícaro, pero era injusto. Tan sólo era cauteloso y poco franco. Su tío, Ted Rockley, le entendía, sus naturalezas eran parecidas. Hadrian y el hombre mayor tenían una consideración real pero no emocional el uno respecto al otro.

Cuando tenía trece años, lo mandaron a un colegio a la ciudad. No le gustó. Su prima Matilda quería hacer de él un caballero pero él rechazaba la idea. Siempre ponía una sonrisa de desprecio en el rostro y una mueca tímida y de beneficencia cuando cualquier refinamiento se le imponía. Faltaba a clase, vendió a sus compañeros los libros, la gorra con el escudo, incluso la bufanda y el pañuelo y se iba a gastar el dinero Dios sabe dónde. Así pasaron dos años que dejaron mucho que desear.

Cuando cumplió los quince anunció que quería marcharse de Inglaterra e ir a las colonias. Había seguido en contacto con el orfanato. Los Rockley sabían que cuando Hadrian hacía una afirmación, con sus modales tranquilos y medio burlones, era inútil oponerse. Así, finalmente, el chico se marchó a Canadá bajo la protección del orfanato al que había pertenecido. Dijo adiós a los Rockley, sin una sola palabra de agradecimiento, y se marchó, al parecer, sin un solo remordimiento. Matilda y Emmie a menudo lloraban al recordar cómo los había dejado: incluso en el rostro de su padre se había instalado una rara mirada. Hadrian escribía con regularidad desde Canadá. Había entrado a trabajar en una central eléctrica cerca de Montreal y le iban bien las cosas.

Pero la guerra llegó. Hadrian se alistó y volvió a Europa. Los Rockley no sabían nada de él. Vivían como siempre en Pottery House. Ted Rockley se moría de un tipo de hidropesía y deseaba de corazón ver al chico. Cuando se firmó el armisticio, Hadrian tuvo un largo permiso y escribió para decir que volvía a casa.

Las chicas estaban terriblemente nerviosas. A decir verdad tenían algo de miedo a Hadrian. Matilda, alta y delgada, era frágil de salud, y ambas estaban extenuadas de cuidar a su padre. Tener a Hadrian, un joven de veintiún años en la casa con ellas, después de que las había abandonado con tanta frialdad hacía cinco años, era realmente difícil.

Estaban nerviosas. Emmie convenció a su padre de que se pasase a la habitación de abajo para que preparasen la habitación de arriba para Hadrian. Así lo hicieron y estaban en los preparativos de la llegada, cuando, a las diez de la mañana, el joven se presentó de modo inesperado. Prima Emmie, con el pelo recogido en pequeños y absurdos rizos alrededor de la frente, estaba limpiando las varillas de las alfombras en la escalera, mientras que Matilda estaba en la cocina lavando los adornos del salón con jabón, las mangas de la blusa remangadas en sus brazos delgados y la cabeza envuelta en un trapo atado coquetamente.

Prima Matilda se puso muy roja cuando el joven arrogante entró con su petate y colocó la gorra en la máquina de coser. Era bajo y confiado, con una pulcritud curiosa que aún recordaba al orfanato. Su rostro era moreno, llevaba un pequeño bigote y había mucho vigor en su pequeñez.

—¡Bueno, pero si es Hadrian! —exclamó prima Matilda, sacudiéndose la espuma de las manos—. No te esperábamos hasta mañana.

—¡Salí el lunes por la noche! —dijo Hadrian mirando alrededor de la habitación.

—¡Estupendo! —dijo prima Matilda. Entonces, después de secarse las manos, se adelantó, le extendió la mano y le dijo—: ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias —dijo Hadrian.

—Ya eres un hombre —dijo prima Matilda.

Hadrian la miró. No estaba en su mejor momento: tan delgada, con la nariz tan larga, con ese trapo a cuadros rosas y blancos alrededor de la cabeza. Sintió estar en desventaja. Pero había sufrido mucho y eso no le importaba.

La sirvienta entró: ella no conocía a Hadrian.

—Ven a ver a mi padre —dijo prima Matilda.

En el vestíbulo se encontraron a prima Emmie como a una perdiz fuera del nido. Estaba en la escalera colocando las varillas brillantes en su sitio. Instintivamente su mano se fue hacia los pequeños tiradores, con los rizos sobre la frente.

—¡Pero bueno! —exclamó enfadada—. ¿Cómo es que has venido hoy?

—Salí un día antes —dijo Hadrian, y su voz de hombre tan profunda e inesperada fue como un golpe para la prima Emmie.

—Bueno, nos has pillado con las manos en la masa —dijo con resentimiento.

Entonces los tres se dirigieron a la habitación.

El señor Rockley estaba vestido —es decir, llevaba puestos los pantalones y los calcetines— pero estaba descansando en la cama, recostado bajo la ventana, desde donde podía ver su querido y resplandeciente jardín, donde los tulipanes y los manzanos estaban encendidos. No parecía tan enfermo como en realidad estaba porque el agua le mantenía hinchado y el rostro tenía color. Tenía el vientre muy inflamado.

Miró a su alrededor con rapidez, moviendo sólo los ojos pero no la cabeza. Era el naufragio de un hombre apuesto y bien formado.

Al ver a Hadrian, una sonrisa extraña y desgana apareció en su rostro. El joven le saludó con

timidez.

—¿No estabas de soldado? —dijo—. ¿Quieres algo de comer?

Hadrian miró alrededor como buscando la comida.

—Bueno, no me importaría.

—¿Qué tomarás: huevos y beicon? —dijo Emmie brevemente.

—Sí, bueno —dijo Hadrian.

Las hermanas se fueron a la cocina, y enviaron a la sirvienta a que terminase la escalera.

—¿No está muy cambiado? —dijo Matilda *sotto voce*.

—Desde luego —dijo prima Emmie—. ¡Qué hombrecito!

Ambas hicieron una mueca y se rieron nerviosamente.

—Trae la sartén —le dijo Emmie a Matilda.

—Pero sigue tan chulito como siempre —dijo Matilda, estrechando los ojos y moviendo la cabeza de manera cómplice según cogía la sartén.

—¡Chulito! —dijo Emmie de manera sarcástica. La nueva masculinidad de gallito evidentemente no gozaba de favor ante sus ojos.

—Pero no es malo —dijo Matilda—. No hay que tener prejuicios con él.

—No tengo prejuicios, creo que tiene buena pinta —dijo Emmie—; pero tiene algo de chulito.

—Mira cómo nos ha pillado —dijo Matilda.

—No tienen consideración con nada —dijo Emmie con desprecio—. Sube y vístete, querida Matilda. Él no me importa. Yo haré las cosas y tú hablas con él.

—Estará hablando con nuestro padre —dijo Matilda.

—¡Pícaro! —exclamó Emmie con una burla.

Las hermanas creían que Hadrian había venido con la esperanza de sacarle algo a su padre, esperando algo de herencia. Y no estaban seguras de que no lo consiguiese.

Matilda subió a cambiarse. Había pensado con detenimiento en cómo recibiría a Hadrian para impresionarle. Y sin embargo él la había pillado con un trapo en la cabeza y los brazos en un barreño de espuma. Pero no le importaba. Ahora se estaba vistiendo escrupulosamente, luego recogió su largo pelo rubio con detenimiento, cubrió sus mejillas con colorete y se puso el largo collar de exquisitas cuentas de cristal sobre el suave vestido verde. Estaba tan elegante como una heroína de revista y casi parecía irreal.

Se encontró a Hadrian y a su padre charlando. El joven normalmente era parco en palabras pero se le soltaba la lengua con su «tío». Estaban ambos dando sorbos a un brandy y fumaban y charlaban como un par de antiguos amigos. Hadrian le estaba contando cosas de Canadá. Iba a regresar allí cuando terminara el permiso.

—Entonces, ¿no te apetece quedarte en Inglaterra? —dijo el señor Rockley.

—No, no me quedaría en Inglaterra —dijo Hadrian.

—¿Cómo es eso? Hay muchos electricistas aquí —dijo el señor Rockley.

—Sí. Pero hay muchas diferencias entre los empleados y los jefes, demasiadas para mí —dijo Hadrian.

El hombre enfermo le miró con detenimiento y con ojos sonrientes.

—¡Ah! ¿Sí? —replicó.

Matilda lo oyó y lo comprendió. «Eso es lo que piensas, hombrecito», se dijo a sí misma. Siempre se había dicho de Hadrian que no tenía respeto por nadie ni por nada, que era un pícaro y una persona vulgar. Se fue a la cocina a confabular con Emmie *sotto voce*.

—¡Ése se lo tiene creído! —murmuró.

—Se creerá que es alguien —dijo Emmie con desprecio.

—Piensa que aquí hay muchas diferencias entre patronos y trabajadores —dijo Matilda.

—¿Es que no hay diferencias en Canadá? —preguntó Emmie.

—¡Ah sí, democráticas! —respondió Matilda—. Cree que están mejor que aquí.

—Pero él está ahora aquí —dijo Emmie con disgusto—; puede guardarse el puesto.

Mientras charlaban vieron al joven pasear por el jardín, mirando con indiferencia las flores. Llevaba las manos en los bolsillos y la gorra de soldado calada en la cabeza. Parecía tranquilo, como tomando posesión. Las dos mujeres, agitadas, le miraban desde la ventana.

—Ya sabemos a lo que ha venido —dijo Emmie groseramente.

Matilda miró durante un rato la neta figura caqui. Todavía había algo de chico de la beneficencia en él, pero ahora era la figura de un hombre, lacónica y cargada de energía plebeya. Creía que había habido algo de pasión irónica en su voz cuando había protestado contra las clases pudientes.

—¿Sabes, Emmie? Quizá no ha venido por eso —reprendió a su hermana. Ambas se referían al dinero.

Todavía estaban mirando al joven soldado. Él estaba de pie al fondo del jardín, de espaldas a ellas, con las manos en los bolsillos, mirando el agua de la alberca. Los ojos azul oscuro de Matilda tenían una mirada intensa y extraña, y bajaba despacio los párpados con venas azules. Llevaba la cabeza alta pero tenía aspecto de dolor. El joven en el fondo del jardín se dio la vuelta y miró hacia el sendero. Quizá las había visto en la ventana. Matilda se retiró a la penumbra.

Esa tarde su padre parecía débil y enfermo. Estaba muy cansado. El médico se acercó y le dijo a Matilda que el enfermo podía morir en cualquier momento, o tal vez no. Tenían que estar preparados.

Pasó ese día y también el siguiente. Hadrian se acomodó en la casa. Bajaba por las mañanas con su jersey marrón y sus pantalones caqui, descamisado, enseñando el cuello desnudo. Examinaba los locales de la alfarería como si tuviese algún propósito secreto, charlaba con el señor Rockley, cuando el hombre tenía fuerza suficiente. Las dos chicas se enfadaban cuando los dos hombres se sentaban a charlar como dos viejos amigos. Era como si charlaran de sus cosas.

Al segundo día de la llegada de Hadrian, Matilda se sentó con su padre por la tarde. Estaba

haciendo un dibujo que quería copiar. Había mucha calma; Hadrian había salido a alguna parte, nadie sabía a dónde, y Emmie estaba ocupada. El señor Rockley estaba recostado en su cama, contemplando en silencio el jardín mientras atardecía.

—Matilda, si me pasa algo —dijo— no venderéis esta casa. Os quedaréis aquí.

Los ojos de Matilda tenían la mirada suavemente ojerosa cuando se dirigió a su padre.

—Claro, no podríamos hacer otra cosa —dijo.

—No sabéis lo que podríais hacer— dijo el hombre—. Os dejo todo a Emmie y a ti a partes iguales, pero no vendáis esta casa, no la dividáis.

—No —dijo ella.

—Y dadle a Hadrian mi reloj, la cadena y cien libras del banco, y ayudadle siempre que lo necesite. No he puesto su nombre en el testamento.

—Bien. Tu reloj, la cadena y cien libras. Pero tú estarás aquí cuando él se vaya a Canadá.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —dijo el padre.

Matilda le miró con sus intensos y profundos ojos durante un rato, como si estuviese en trance. Vio que él sabía que se iba a ir pronto, lo vio como si fuese una vidente.

Después le dijo a Emmie lo que su padre había dicho del reloj, la cadena y el dinero.

—¿Qué derecho tiene él —se refería a Hadrian— respecto al reloj y la cadena de mi padre? ¿Qué ha hecho por él? Dale el dinero y que se largue —dijo Emmie. Adoraba a su padre.

Esa noche, Matilda se quedó despierta mucho tiempo en su habitación. Tenía el corazón inquieto y roto, su mente parecía extasiada. Estaba tan embelesada que se le saltaban las lágrimas, y sólo pensaba en su padre. Finalmente pensó que debía ir con él.

Era cerca de medianoche. Se dirigió por el pasillo hacia su habitación. Entraba la débil luz de la luna. Escuchó detrás de la puerta. Entonces la abrió despacio y entró. La habitación estaba bastante oscura. Oyó un movimiento en la cama.

—¿Estás dormido? —dijo despacio avanzando hacia la cama—. ¿Estás dormido? —repitió con suavidad según llegaba al lado de la cama. Y alargó la mano en la oscuridad para tocarle la frente. Delicadamente los dedos alcanzaron su nariz, sus cejas, colocó su fina y delicada mano sobre la frente. Ésta parecía fresca y suave, muy fresca y suave. Un tipo de sorpresa la recorrió en su estado de embeleso. Pero no podía salir de ese estado. Con ternura, se inclinó sobre la cama y pasó los dedos por el pelo corto de su frente.

—¿No puedes dormir esta noche? —dijo ella.

Hubo un rápido movimiento en la cama. «Sí, claro que puedo», contestó una voz. Era la voz de Hadrian. Ella se apartó. De pronto se despertó del estado de embeleso. Recordó que su padre estaba en la habitación de abajo y que Hadrian ocupaba la suya. Se quedó paralizada en la oscuridad.

—¿Eres tú, Hadrian? —dijo—. Creía que era mi padre. —Estaba tan impresionada que no podía moverse. El joven lanzó una incómoda carcajada, y se dio la vuelta en la cama.

Finalmente ella salió de la habitación. Cuando estuvo de vuelta en su habitación con la luz

encendida y la puerta cerrada, puso la mano que le había tocado suspendida y en alto como si estuviese herida. Estaba absolutamente conmocionada y casi no podía soportarlo.

—Bien —dijo su mente cansada pero tranquila—, sólo ha sido un error, no hay que darle importancia.

Pero no podía racionalizar sus sentimientos. Sufría sintiéndose falsa. Su mano derecha, que había posado con tanta ternura sobre su rostro, sobre su fresca piel, ahora le dolía, como si estuviese realmente herida. No podía perdonar a Hadrian por ese error: aquello le hacía despreciarlo profundamente.

Hadrian también había dormido mal. Se había despertado cuando se había abierto la puerta y no sabía lo que pasaba. Pero la suave y perdida ternura de aquella mano en su rostro había agitado algo en su alma. Él era un chico de orfanato, distante y más o menos contenido. La frágil exquisitez de su caricia le había agitado enormemente, le había revelado cosas desconocidas por él.

Por la mañana, cuando bajó, ella pudo ver la *consciencia* en los ojos de él. Trató de comportarse como si nada hubiese sucedido y lo logró. Tenía el control y la indiferencia calmada del que ha padecido un sufrimiento. Le miró desde sus azules ojos oscuros y casi drogados, halló esa chispa de *consciencia* en los ojos de él y lo dominó. Y con su fina y alargada mano le puso el azúcar en el café.

Pero no supo controlarlo como creía que podría hacerlo. Él tenía un intenso recuerdo pegado a su mente, un nuevo conjunto de sensaciones funcionando en su *conciencia*. Algo nuevo se había alertado en su interior. En el fondo de su recelosa y resguardada mente escondió el secreto vivo y despierto. Ella estaba a su merced porque él no tenía escrúpulos, las normas de él no eran las de ella.

Él la miró con curiosidad. No era guapa, tenía la nariz demasiado larga, la barbilla demasiado pequeña, el cuello demasiado delgado. Pero su piel era clara y fina, tenía una sensibilidad natural. Esta intensa y valiente cualidad la compartía con su padre. El chico de orfanato podía apreciarlo en sus afilados dedos, que eran blancos y los llevaba ensortijados. El mismo encanto que veía en el anciano lo veía ahora en la mujer. Y deseaba poseerlo, deseaba adiestrarse en él. Según vagaba por los patios de la alfarería, su mente trabajaba y maquinaba. Dominar esa extraña y suave delicadeza tal y como él la había sentido en su mano sobre su rostro, eso era lo que quería. Estaba maquinando en secreto. Miraba a Matilda cuando iba de un lado a otro, y ella se daba cuenta de esa especial atención, como una sombra que la siguiese. Pero su propio orgullo la hacía ignorarle. Cuando pasaba cerca de ella con las manos en los bolsillos, ella lo acogía con la misma ternura que le dominaba más que cualquier desprecio. Su educación superior parecía controlarle. Se imponía sentir hacia él exactamente lo mismo que siempre había sentido: era un joven que vivía con ellos en la casa, pero era un extraño. No osaba recordar su rostro bajo su mano. Cuando recordaba eso se desconcertaba. Su mano la había ofendido, desearía cortársela. Y deseaba enormemente arrancárselo de la memoria. Asumía lo que había hecho.

Un día, cuando estaba sentado con su «tío», Hadrian miró de frente al anciano y le dijo:

—No me gustaría vivir y morir aquí en Rawsley.

—Bueno, no tienes por qué hacerlo —dijo el hombre enfermo.

—¿Usted cree que a Matilda le gusta?

—Yo diría que sí.

—No le pido mucho a la vida —dijo el joven—. ¿Cuántos años tiene ella más que yo?

El hombre miró al joven soldado.

—Unos cuantos —dijo.

—Tiene más ¿no? —dijo Hadrian.

—Bueno, no muchos más de treinta. Tiene treinta y dos.

Hadrian pensó unos instantes.

—No los aparenta —dijo.

De nuevo el hombre enfermo le miró.

—¿Usted cree que le gustaría marcharse de aquí? —dijo Hadrian.

—No lo sé —replicó el padre impaciente.

Hadrian estaba sentado, tranquilo en sus propios pensamientos. Después con una voz tranquila y baja como si se estuviese hablando desde su interior dijo:

—Me gustaría casarme con ella si a usted no le importa.

El hombre levantó los ojos de pronto y le miró fijamente. Le miró con detenimiento durante un rato. El joven miró inescrutablemente por la ventana.

—¡Tú! —dijo el hombre burlándose con un cierto desprecio.

Hadrian se volvió y buscó sus ojos. Los dos hombres tenían un inexplicable entendimiento.

—Si usted no tiene nada en contra —dijo Hadrian.

—No —dijo el padre echándose hacia un lado—, no creo tener nada en contra. Nunca lo había pensado. Pero Emmie es la más joven.

Se había sonrojado y de pronto parecía más reanimado. Quería secretamente al muchacho.

—Podría preguntárselo —dijo Hadrian. El hombre lo tuvo en cuenta.

—¿No sería mejor que se lo preguntases tú mismo? —dijo él.

—Le haría más caso a usted —dijo Hadrian.

Se quedaron en silencio. Después entró Emmie. Durante dos días estuvo el señor Rockley nervioso y meditabundo. Hadrian iba y venía callado, misterioso, ciego. Finalmente el padre y Matilda se quedaron solos. Era muy pronto por la mañana, el padre había tenido muchos dolores. Aunque el dolor le abatía, estaba echado y pensando.

—¡Matilda! —dijo de repente, mirando a su hija.

—Sí. Estoy aquí —dijo ella.

—¡Ah! Quiero que hagas algo.

Ella se levantó con anticipación.

—No. Siéntate. Quiero que te cases con Hadrian.

Ella creyó que estaba delirando. Se levantó, desconcertada y asustada.

—No. Quédate sentada, quédate sentada. Escucha lo que voy a decirte.

—Pero usted no sabe lo que está diciendo, padre.

—¡Ah! Claro que lo sé. Te digo que quiero que te cases con Hadrian.

Estaba completamente anonadada. Él era un hombre de pocas palabras.

—Harás lo que te digo —dijo él.

Ella le miró con detenimiento.

—¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? —dijo ella con orgullo.

—Él.

Matilda casi miró a su padre de arriba abajo herida en su orgullo.

—¿Por qué? Eso es un disparate.

—¿Por qué?

Ella le contempló despacio.

—¿Para qué me lo pide? Es muy desagradable.

—El muchacho es responsable —respondió con irritación.

—Mejor debería de decirle que se largue —dijo fríamente.

Él se volvió y miró por la ventana. Ella se sentó sonrojada y rígida durante un largo rato. Finalmente el padre se volvió hacia ella con aspecto malévol.

—Si no lo haces es que estás loca —dijo— y pagarás por esta locura, ¿entiendes?

De pronto un frío terror la atenazó. No podía dar crédito a sus sentidos. Estaba aterrada y anonadada. Miró a su padre con los ojos muy abiertos, creyendo que estaba delirando, o loco, o borracho. ¿Qué podía hacer?

—Te lo advierto —dijo—. Mañana mandaré llamar a Whittle. Si no lo haces, ninguna de las dos tendréis nada mío.

Whittle era el notario. Ella comprendió a su padre bastante bien: mandaría llamar al notario y haría un testamento dejándole toda su propiedad a Hadrian; ni a su hermana Emmie ni a ella les dejaría nada. Eso era demasiado. Se levantó y salió de la sala, subió a su dormitorio y se encerró allí.

No salió durante horas. Finalmente, más tarde por la noche, se confió a Emmie.

—El maldito demonio quiere el dinero —dijo Emmie—. No le importa mi padre.

El pensamiento de que Hadrian sólo quería el dinero fue otro golpe para Matilda. No amaba al imposible joven pero tampoco le creía tan malévol. Ahora él se estaba convirtiendo en algo odioso para su mente.

Al día siguiente Emmie tuvo una escena con su padre.

—Tú no querías decir lo que le dijiste ayer a Matilda ¿no, padre? —preguntó con agresividad.

—Sí —replicó.

—¿Que vas a cambiar el testamento?

—Sí.

—No lo harás —dijo la hija enfadada.

Pero él la miró con una sonrisita malévola.

—¡Annie! —gritó—. ¡Annie!

Todavía tenía fuerza para alzar la voz. La sirvienta llegó desde la cocina.

—Arréglate y ve a la oficina del señor Whittle y di que quiero ver al señor Whittle tan pronto como sea posible, y que se traiga un documento testamentario.

El hombre enfermo se recostó un poco: no podía estar tumbado del todo. La hija se sentó como si la hubiesen golpeado. Luego se fue de la alcoba.

Hadrian estaba entretenido trabajando por el jardín. Ella fue derecha hacia él.

—¡Oye! —le dijo ella—. Sería mejor que te marcharas. Es mejor que cojas todas tus cosas y te largues rápidamente aquí.

Hadrian miró despacio a la ofendida chica.

—¿Quién ha dicho eso? —replicó él.

—Nosotros lo decimos: ya nos has hecho bastante daño.

—¿El tío dice eso?

—Sí. Así es.

—Iré y se lo preguntaré.

Pero Emmie, como una furia, se interpuso en su camino.

—No. No necesitas preguntarle nada en absoluto. No te queremos, por lo tanto ya puedes largarte.

—El tío es quien manda aquí.

—Un hombre que se está muriendo y tú te arrastras y maquinas para quedarte con su dinero, no mereces vivir.

—¡Oh! —dijo él—. ¿Quién dice que estoy maquinando para quedarme con su dinero?

—Yo lo digo. Pero mi padre se lo dijo a Matilda, y ella sabe ya lo que eres. Sabe lo que persigues. Ya puedes largarte, granuja.

Él le dio la espalda para poder pensar. Ya se le había ocurrido que pensarían que perseguía el dinero. Y quería el dinero, desgraciadamente. Desgraciadamente quería el dinero para ser autónomo, no quería ser un empleado. Pero también sabía a su manera calculada y precisa que no era por el dinero por lo que quería a Matilda. Quería ambas cosas: a Matilda y el dinero. Pero se decía a sí

mismo que ambos deseos eran dos cosas separadas. No eran una sola cosa. No podía tener a Matilda sin tener el dinero. Pero a ella no la quería por el dinero.

Cuando tuvo eso claro en su mente, buscó la oportunidad de decírselo, rondando y observando. Pero ella lo evitaba. Por la tarde el notario llegó. El señor Rockley tuvo un nuevo brote de fortaleza. Se elaboró un testamento, haciendo los acuerdos previos completamente condicionales. El antiguo testamento tendría validez si Matilda consentía en casarse con Hadrian. Si no lo aceptaba a los seis meses toda la propiedad pasaría a manos de Hadrian.

El señor Rockley le comunicó esto al joven con una satisfacción malévola.

Parecía tener un extraño deseo, bastante poco razonable, de venganza hacia las mujeres que le habían rodeado durante tanto tiempo y le habían atendido con tanto esmero.

—Dígaselo a ella delante de mí —dijo Hadrian.

Entonces el señor Rockley mandó llamar a sus hijas.

Por fin llegaron, pálidas, enmudecidas y obstinadas. Matilda parecía haberse replegado, Emmie parecía un púgil dispuesto a pelear hasta la muerte.

El hombre se recostó en la cama con los ojos brillantes y las manos hinchadas y temblorosas. Pero su rostro tenía de nuevo aquella antigua y brillante elegancia. Hadrian estaba sentado a un lado en silencio: el indómito y peligroso chico de orfanato.

—Éste es el testamento —dijo su padre, extendiéndoles el papel.

Las dos mujeres estaban mudas y paradas: no hicieron caso.

—O te casas con Hadrian o él se queda con todo —dijo el padre con satisfacción.

—Entonces que se quede con todo —dijo Matilda con frialdad.

—No, no —gritó Emmie con fiereza—. Él no se va a quedar con todo. El muy granuja.

Una sonrisa divertida asomó en el rostro del padre.

—Ya has oído, Hadrian —dijo él.

—Yo no quiero casarme con Matilda por el dinero —dijo Hadrian, sonrojado y rebulléndose en el asiento.

Matilda le miró despacio con sus ojos azul oscuro y como atontados. Le pareció un pequeño monstruo.

—¿Por qué lo has hecho, embustero? —gritó Emmie.

El hombre enfermo comenzó a reírse. Matilda continuaba mirando con extrañeza al joven.

—Ella sabe que no he hecho nada —dijo Hadrian.

Él también tenía coraje, como una rata tiene su indomable coraje. Hadrian tenía la cualidad del ingenio y la reserva subterránea de las ratas. Pero también tenía el último coraje, el más insaciable coraje de todos.

Emmie miró a su hermana.

—De acuerdo —dijo—. Matilda, no te preocupes. Deja que se quede con todo, nosotras sabemos cuidarnos.

—Sé que se quedará con todo —dijo Matilda abstraída.

Hadrian no respondió. Sabía que si Matilda rehusaba, él se quedaría con todo y se iría.

—Un machito inteligente —dijo Emmie con un gesto burlón.

El padre se reía interiormente. Pero estaba cansado...

—Ya está bien —dijo—. ¡Vamos, dejadme descansar!

Emmie se volvió y le miró.

—Te mereces lo que tienes —le dijo a su padre abruptamente.

—¡Vamos! —contestó él—. ¡Vamos!

Pasó otra noche y una enfermera cuidaba al señor Rockley. Llegó otro día. Hadrian estaba allí como siempre, con su jersey de lana y sus bastos pantalones caqui y su cuello descamisado. Matilda iba y venía, frágil y delicada, Emmie estaba taciturna. Todos estaban callados, porque no querían que la sirvienta se enterara de nada.

El señor Rockley tenía fuertes ataques de dolor y no podía respirar. El final estaba próximo. Todos iban y venían silenciosos y estoicos, inflexibles todos. Hadrian estaba pensativo. Si no se casaba con Matilda se iría a Canadá con veinte mil libras. Era una posibilidad muy satisfactoria. Si Matilda consentía se quedaría sin nada. Ella tendría su propio dinero.

Emmie era la que iba a actuar. Se fue en busca del abogado y lo llevó a la casa. Hubo una entrevista, y Whittle intentó que el joven se retirara —pero sin provecho. El cura y los parientes se sumaron al intento, pero Hadrian los contemplaba y no les prestaba atención. Pero se estaba enfadando.

Él quería sorprender a Matilda a solas. Pasaron varios días y no lo logró: ella le evitaba. Finalmente, espiando, un día la sorprendió cuando fue a recoger grosellas y le salió al paso. Abordó el tema de inmediato.

—Entonces, no me quieres —dijo con su voz profunda e insinuante.

—No quiero hablar contigo —dijo ella apartando el rostro.

—Aunque me hayas acariciado —dijo—. No deberías haberlo hecho y así yo no hubiese pensado jamás en eso. No deberías haberme tocado.

—Si fueses decente, sabrías que sólo fue un error y lo olvidarías —dijo ella.

—Sé que fue un error pero no lo olvidaré. Si despiertas a un hombre, después no puede volver a dormirse porque se lo ordenes.

—Si tuvieses cualquier sentido de la decencia, te habrías marchado —replicó.

—No quise —contestó él.

Ella miró a lo lejos. Finalmente preguntó:

—¿Por qué me persigues si no es por el dinero? Soy lo suficientemente mayor como para ser tu

madre. En cierto modo he sido tu madre.

—¿Eso importa? —dijo él—. Tú no has sido mi madre. Casémonos y vayámonos a Canadá, podrías hacerlo porque ya me has acariciado.

Estaba blanca y temblaba. De pronto enrojeció de cólera.

—Eso es indecente —dijo.

—¿Cómo? —replicó—. Fuiste tú la que me tocó.

Pero ella se retiró. Sentía como si la hubiera atrapado. Se sentía enfadado y deprimido, y también se sentía despreciado.

Aquella misma tarde ella fue a la alcoba de su padre.

—Sí —dijo de pronto—. Me casaré con él.

Su padre levantó la vista hacia ella. Tenía mucho dolor y estaba muy enfermo.

—Ahora te gusta ¿no? —dijo con una débil sonrisa.

Ella le miró y vio a la muerte muy cerca. Se dio la vuelta y con frialdad abandonó la habitación.

Mandaron llamar al notario e hicieron todos los preparativos muy de prisa. Durante todo ese tiempo Matilda no le dirigió la palabra a Hadrian y no le contestaba si él se dirigía a ella. Él se acercó a ella por la mañana.

—Entonces, ¿aceptas? —dijo él lanzándole una mirada chispeante y cándida.

Ella le miró por encima del hombro y se dio la vuelta. Le había mirado por encima del hombro física y mentalmente. Aún así él insistía y se sentía triunfante.

Emmie deliraba y lloraba: el secreto se había divulgado. Matilda seguía silenciosa e inmovilizada. Hadrian estaba callado y satisfecho, pero con algo de temor. Sin embargo lucharía contra su temor. El señor Rockley estaba muy enfermo pero incommovible.

Al tercer día la boda tuvo lugar. Matilda y Hadrian regresaron a casa desde el registro civil y se dirigieron a la alcoba del hombre moribundo. Su rostro se encendió con una chispeante y clara sonrisa.

—Hadrian, ¿la has conseguido? —dijo con voz quebrada.

—Sí —dijo Hadrian que estaba blanco como el papel.

—¡Ay, muchacho, estoy contento de que seas mío! —replicó el moribundo. Después volvió sus ojos hacia Matilda—. Veamos qué pasa contigo, Matilda —dijo. Entonces su voz se volvió extraña e irreconocible—. Bésame —dijo.

Ella se inclinó y le besó. Jamás le había besado antes, no desde que era una niña pequeña. Estaba callada y rígida.

—Bésale a él —dijo el hombre.

Obediente, Matilda acercó los labios y besó a su joven esposo.

—¡Eso es! ¡Eso es! —murmuró el moribundo.

BILLETES, POR FAVOR

HAY EN LOS Midlands un tranvía de vía única que sale intrépidamente de la ciudad y se zambulle en un paisaje negro y fabril, sube la colina y baja al valle, atravesando puebluchos extensos y feos de casas obreras y humildes, sobre canales y vías, pasa frente a iglesias que parecen colgadas, alta y noblemente, sobre las sombras y el humo, por oscuros, fríos y desolados mercados, tambaleándose frente a cines y tiendas, baja al agujero donde están los mineros y sube de nuevo bajo los fresnos, y pasa frente a una iglesia rural, precipitándose hacia el final del trayecto, en el último lugar industrial pequeño y feo, la fría ciudad que se agita al borde del campo oscuro y salvaje. Allí, el tranvía verde y crema parece hacer una pausa y runrunear con extraña satisfacción. Pero a los pocos minutos el reloj de la torre de la Cooperativa Wholesale Society's Shops marca la hora y comienza una vez más la aventura.

De nuevo están allí los peligrosos y súbitos descensos; de nuevo, rebotando sobre las curvas, la helada espera en el mercado, el deslizarse sin respiración por la escarpada pendiente frente a la iglesia. Otra vez las pacientes paradas en las curvas, esperando que pasen otros tranvías y así durante dos largas horas hasta que por fin aparece la ciudad más allá de la grasienta fábrica de gas; las angostas fábricas se aproximan: estamos en las sórdidas calles de la gran ciudad, nos aproximamos de nuevo, furtivos, a un atasco en nuestra terminal, desconcertados por el color cremoso y carmesí de los tranvías urbanos, pero con garbo y frescura, algo atrevidos, tranvías verdes como ramas de perejil salidas de un negro jardín minero.

Viajar en estos tranvías es siempre una aventura. Por estar en época de guerra, los conductores son hombres no aptos para el servicio activo: mutilados y jorobados. Por eso tienen un genio endiabrado.

El trayecto se convierte en una carrera de obstáculos. ¡Hurra! En un santiamén estamos sobre los puentes del canal y ya vamos por la curva de los cuatros caminos, de nuevo libres con un chillido agudo y una estela de chispas. A decir verdad, a menudo los tranvías descarrilan, ¡pero no importa! Esperan en una cuneta hasta que otros tranvías llegan a sacarlos de allí. Es bastante común que uno de estos tranvías, repleto de una sólida masa humana, llegue a un punto muerto en medio de una oscuridad absoluta, el corazón de ninguna parte en una noche oscura, y oír al conductor y a la cobradora decir: «Todo el mundo abajo, el tranvía está ardiendo». En lugar de salir corriendo asustados, los pasajeros contestan impasibles: «Venga, vamos. Ahora no salimos. Nos quedamos donde estamos. Empuja, George». Así hasta que comienza a arder.

La razón de esta desgana para apearse es que las noches son terriblemente oscuras, frías y ventosas, y el tranvía es un buen refugio.

Los mineros viajan de pueblo en pueblo para cambiar de cine, de chica o de pub. Los tranvías van desesperantemente llenos. ¿Quién va a arriesgarse a esperar, quizá durante una hora, a otro tranvía en el negro abismo exterior, para ver ese desamparado cartel de «Solamente hasta el depósito» porque haya algo averiado, o dar la bienvenida a una rutilante unidad de tres vagones que pasa con un aullido de burla atestada de gente? Tranvías que pasan en la noche...

En este servicio de tranvías, el más peligroso de Inglaterra, tal como las autoridades declaran con orgullo, cobran chicas y conducen jóvenes imprudentes, algo tullidos o casi jorobados. Las

chicas son jóvenes pícaras. Dentro de un feo uniforme azul, con las faldas más arriba de las rodillas y con unas gorras de visera deformadas, tienen toda la sangre fría de un oficial fuera de servicio. En el tranvía, lleno hasta los topes de mineros que gritan y cantan a voces abajo y arriba una antifona de obscenidades, las chicas se encuentran a gusto. Se precipitan sobre los jóvenes que intentan evadir la máquina de los billetes. Apartan a los hombres a empujones al final de sus trayectos. Nadie va a desafiarlas. Ellas no temen a nadie y todo el mundo las teme.

—Hola, Annie.

—Hola, Ted.

—¡Eh! Hágame caso, Señorita Mármol. Tiene usted el corazón de piedra y está hiriendo mis sentimientos.

—Debería guardárselos usted en el bolsillo —replica la Señorita Mármol y se dirige con decisión hacia la parte superior del tranvía.

—¡Billetes, por favor!

Es autoritaria, recelosa y está dispuesta a golpear primero. Sabe defenderse contra diez mil. La entrada de este tranvía es su Termopilas.

Sin embargo, hay ciertos romances a bordo de estos tranvías, incluso en el robusto seno de Annie. El tiempo de este tierno romance es la mañana, entre las diez y la una, cuando las cosas están más tranquilas: por supuesto, excepto los días de mercado y los sábados. Annie tiene tiempo de dedicarse a ella misma. Entonces se baja del tranvía y va a alguna tienda donde ha curioseado cualquier cosa, mientras que el conductor charla en la calle principal. Entre las chicas y los conductores existen buenas relaciones. ¿No son acaso compañeros de peligros, embarcados en ese buque que corre a toda velocidad balanceándose siempre sobre las olas de una tierra tormentosa? Después, durante las horas tranquilas, los inspectores, o la mayoría de ellos, se dejan ver. Por alguna razón todos los empleados de este servicio son jóvenes: no hay cabezas canosas. ¡Sería imposible! Sin embargo uno de los inspectores tiene la edad apropiada y uno de ellos, el jefe, es incluso guapo. Miradle allí de pie en una mañana oscura y lluviosa con su largo impermeable, su gorra con la visera bien calada hasta los ojos, esperando para subir al tranvía. Su cara es rojiza, tiene un bigotito marrón descolorido y una ligera y atrevida sonrisa. Bastante ágil y alto a pesar de su impermeable, sube de un salto a uno de los tranvías y saluda a Annie.

—Hola, Annie, ¿qué, resguardándose de la lluvia?

—Más bien... intentándolo.

Solamente hay dos personas en el tranvía; se acaba pronto la inspección. Después, una larga y aventurada charla en el estribo, una gratificante y fácil charla de doce millas. El nombre del revisor es John Thomas Raynor —llamado siempre John Thomas, excepto algunas veces con malicia «Coddy»—. Se le enfurece el rostro cuando se le llama así desde lejos. A John Thomas le rodea un considerable escándalo en media docena de pueblos. Corteja a las chicas que cobran por la mañana y sale con ellas por la noche cuando dejan el servicio. Entonces coquetea y sale con las nuevas siempre que sean lo suficientemente atractivas y lo consientan. Es notorio, sin embargo, que la mayoría de las chicas son bonitas, todas jóvenes y la vida errante de los tranvías les da un cierto aire de temeridad propio de los marineros. Lo que importa es cómo se comportan cuando están en el puerto. Mañana estarán a bordo de nuevo.

Annie, sin embargo, tenía algo de tártara, y su lengua afilada había mantenido a John Thomas a distancia durante meses. Pero quizá le gustaba porque siempre subía sonriendo con atrevimiento. Lo observaba y veía cómo conquistaba una chica tras otra. Cuando coqueteaba con ella por las mañanas, podía decir por el movimiento de su boca y de sus ojos si había estado paseando con ésta o con aquélla, la noche anterior: Annie lo sabía con bastante exactitud.

Con ese sutil antagonismo, los dos se conocían mutuamente como viejos amigos. Eran tan sagaces el uno para con el otro como marido y mujer. Pero Annie le había mantenido siempre a una distancia considerable. Además ella tenía ya chico.

Pero la feria de Statutes llegó a Bestwood en noviembre, y Annie tenía la noche del lunes libre. Era una noche fea y lluviosa, pero se arregló y se fue al ferial. Estaba sola, aunque esperaba encontrar pronto algún acompañante. Los tirovivos giraban y rechinaban, las casetas hacían tanto ruido como podían. En las de tiro al coco no había coco, sino sustitutivos artificiales de época de guerra, por lo que los chavales bromeaban diciendo que los premios habían sido atados a los hierros.

Se notaba un triste declive tanto del brillo como del lujo. A pesar de eso, con el ferial lleno de barro como siempre, allí estaban el mismo apiñamiento de rostros, la misma aglomeración, iluminadas las gentes por los brillos y las luces eléctricas, y el mismo olor a nafta, a patatas fritas y a electricidad.

¿Quién iba a ser el primero en saludar a miss Annie en el ferial sino John Thomas? Llevaba un abrigo negro abrochado hasta la barbilla y una gorra de lana calada hasta las cejas, el rostro rojizo, sonriendo tan sagaz como siempre. ¡Qué bien conocía ella el modo en que él movía la boca!

Se puso muy contenta de tener ese «acompañante». Estar en Statutes sin un hombre no era divertido. Inmediatamente después, como buen galán que era, la llevó a los dragones de dientes encarnizados, al tiovivo y a la montaña rusa. No era tan emocionante como el tranvía. Pero sentarse en un fiero dragón verde, y elevarse sobre un mar de rostros burbujeantes, correr con imprecisión por los infiernos mientras que John Thomas se apoyaba en ella, el cigarrillo en la boca, todo aquello era agradable. Ella era una rolliza criatura, feliz y ágil. Estaba feliz y emocionada. John Thomas la retuvo para dar otra vuelta. Y apenas pudo rechazarlo, vergonzosa cuando la rodeó con el brazo y la acercó hacia él de una forma cálida y mimosa. Además era discreto, mantenía sus gestos tan escondidos como podía. Bajó los ojos y vio que su mano, roja y limpia, estaba fuera de la vista de la gente. ¡Y se conocían tan bien mutuamente! Se animaron al calor de la feria. Después de los dragones fueron a los caballitos. John Thomas pagó todas las vueltas, complaciéndola. Por supuesto, él se sentó a horcajadas en el caballo de fuera —llamado *Negra Isabelita*— y ella en el de dentro —llamado *Fuego Salvaje*—. No iba a sentarse John Thomas discretamente en *Negra Isabelita*, agarrándose a la barra de hierro. Giraban y giraban a la luz. Él se balanceaba sobre su corcel de madera, lanzando una pierna por encima de la montura de ella, arrojándose arriba y abajo por el espacio con medio cuerpo hacia atrás, riéndose de ella. ¡Era feliz! Aunque tenía miedo de que el sombrero se le cayese, estaba emocionada.

John jugó a los aros y ganó para ella dos grandes alfileres de sombrero de color azul pálido. Después, al oír el ruido de los grandes cines anunciando otra sesión, atravesaron las casetas y se fueron. Durante la película, de vez en cuando, se producía una intensa oscuridad. Entonces había un griterío salvaje de alegría y un gran ruido de besos simulados. En uno de esos momentos John Thomas atrajo a Annie hacia él. Después de todo tenía una maravillosa forma, cálida y tierna, de

agarrar a una chica con el brazo, como si realizase un suave ataque. Además, era agradable ser cogida así, tan confortable y acogedoramente. Se inclinó sobre ella y Annie sintió su respiración en el pelo; sabía que quería besarla en los labios. ¡Después de todo era tan cálido y ella se adaptaba a él tan suavemente! Deseaba que rozase sus labios. Pero la luz se encendió; ella se irguió eléctricamente y se puso derecho el sombrero. Él dejó caer su brazo con indiferencia detrás de ella. Era divertido, emocionante, estar en Statutes con John Thomas.

Cuando el cine se acabó se fueron a pasear por el campo empantanado y umbrío. Él poseía todas las artes del cortejo. Era especialmente experto en atraer a una chica hacia sí cuando se sentaba con ella en la escalera de una cerca, en la oscuridad y lloviznado. Parecía estar sujetándola en el vacío, impregnándola de su propio calor y satisfacción. Y sus besos eran suaves, lentos e indagadores. De este modo comenzó a salir con John Thomas, aunque mantuvo a su chico en suspenso y a distancia.

Algunas de las chicas del tranvía se ofendieron. Pero en esta vida se deben aceptar las cosas como vienen. No había ninguna duda. A Annie le gustaba mucho John Thomas. ¡Se sentía tan llena y cálida siempre que él estaba cerca! Y a John Thomas le gustaba Annie más de lo normal. La manera suave y dulce con que ella podía fluir en uno, como si se fundiese en sus mismos huesos, era algo extraño y reconfortante. Él se daba cuenta. Pero con la familiaridad de la relación comenzó la intimidad. Annie quería considerarle como una persona, como un hombre; quería interesarse por él y obtener una respuesta inteligente.

No quería una mera presencia nocturna, y hasta el momento él era sólo eso. Se enorgullecía de que no podría dejarla. John Thomas pretendía seguir siendo solamente una presencia nocturna. No tenía la idea de convertirse en alguien exclusivo para ella. Cuando comenzó a interesarse de una forma inteligente por su vida y su carácter, él se marchó. John odiaba ese interés y sabía que el único medio para pararlo era evitarlo.

La hembra posesiva estaba apareciendo en Annie. Por eso la dejó. No hace falta decir que ella no se sorprendió. Al principio estaba sobrecogida, fuera de sus casillas porque había estado demasiado segura de él. Durante un tiempo estuvo como aturdida y todo se volvió incierto para ella. Después lloró con rabia, indignación, desolación y tristeza. Luego tuvo una crisis de desesperación. Y por último cuando él volvió, insolente, a su tranvía, todavía con ese gesto familiar, pero dejándole ver con el movimiento de su cabeza que había estado saliendo con alguien durante ese tiempo y que estaba saboreando nuevos pastos, entonces decidió volver a ser ella misma. Intuía las chicas con las que John Thomas había estado saliendo. Se dirigió a Nora Pordy. Nora era alta, bastante pálida pero una chica con buen tipo, con un maravilloso pelo rubio. Era bastante reservada.

—¡Eh! —dijo Annie abordándola, y luego suavemente—, ¿con quién está saliendo ahora John Thomas?

—No sé —dijo Nora.

—¿Por qué dices eso? —dijo Annie hablando en dialecto, irónicamente—. ¡Claro que sí! Lo sabes tan bien como yo.

—Bien, entonces lo sé —dijo Nora—. No soy yo, por lo tanto no te preocupes.

—Es Cisy Meankin, ¿no?

—Sí, que yo sepa.

—¡Menuda cara! ¡No me gusta ni un pelo! —dijo Annie—. Cuando viene rondando me gustaría darle un puntapié.

—Un día de éstos vamos a caer sobre él —dijo Nora.

—¡Ay! ¡Sí! Cuando alguien decida caer sobre él. ¡Me gustaría verle con los humos rebajados! ¿A ti no?

—No me importaría.

De hecho Nora era más vengativa que Annie.

Annie fue hurgando chica tras chica en las viejas llamas del amor. Y sucedió que Cisy Meankin dejó el servicio del tranvía al poco tiempo. Su madre la obligó a dejarlo. Entonces John Thomas volvió a ser aquel de: «qui vivre».

Volvió los ojos al antiguo rebaño y su mirada se encendió por Annie. Pensó que ella estaría fuera de peligro. Además le gustaba. Quedaron el domingo por la noche para volver paseando a casa. Daba la casualidad de que su tranvía estaría en el depósito a las nueve y media: el último tranvía llegaría a las diez y cuarto. John Thomas fue a esperarla allí.

En el depósito las chicas tenían una pequeña sala de espera. Era bastante fea pero confortable, con fuego, una cocina, un espejo, una mesa y sillas de madera. La media docena de chicas que conocían a John Thomas bastante bien, habían decidido hacer el servicio ese domingo por la tarde. Así que según comenzaron a llegar los tranvías, las chicas se dejaron caer por la salita. Y en lugar de darse prisa por volver a casa se sentaron alrededor del fuego y se tomaron una taza de té. Fuera, la oscuridad y la aspereza de un tiempo de guerra.

John Thomas llegó en el tranvía después de Annie; alrededor de las diez menos cuarto. Asomó la cabeza en la sala de las chicas:

—¿Reunión para rezar? —preguntó.

—¡Eh! —dijo Laura Sharp—. ¡Solamente señoritas!

—¡Soy yo! —dijo John Thomas. Ésa era una de sus exclamaciones favoritas.

—Cierra esa puerta, muchacho —dijo Muriel Baggaley.

—¿Hacia qué lado? ¿Hacia mí? —dijo John Thomas.

—Hacia el que te plazca —dijo Polly Birkin.

Había entrado y cerrado la puerta tras él. Las chicas ampliaron el círculo para hacerle un sitio junto al fuego. Él se quitó el abrigo y se apartó el sombrero de la frente.

—¿Quién tiene la tetera?

Nora Purdy le sirvió una taza de té.

—¿Quieres un poco de pan para mojar? —dijo Muriel Baggaley.

—Dame un poco.

Y comenzó a comerse el trozo de pan.

—No hay lugar mejor que la casa, chicas.

Todas le miraron cuando comentó tal imprudencia. Parecía estar pavoneándose en presencia de tanta damisela.

—Especialmente si no se tiene miedo de volver a la casa en la oscuridad —dijo Laura Sharp.

—Yo, no.

Se sentaron hasta que oyeron llegar el último tranvía. Al poco tiempo entró Emma Houseley.

—Vamos, patito viejo —dijo Polly Birkin.

—Está helando —dijo Emma extendiendo sus dedos cerca del fuego.

—Pero tengo miedo de ir a casa en la oscuridad —dijo Laura Sharp.

—¿Con quién sales esta noche, John Thomas? —preguntó Muriel Baggaley fríamente.

—¿Esta noche? Oh, me voy solo, totalmente solo.

—¡Soy yo! —dijo Nora Purdy imitando sus articulaciones de voz.

Las chicas se echaron a reír a carcajadas.

—Yo también, Nora —dijo John Thomas.

—No sabemos lo que quieres decir —dijo Laura.

—Sí, que me voy —dijo levantándose y alcanzando su abrigo.

—No —dijo Polly—. Estamos todas aquí esperándote.

—Nos tenemos que levantar pronto mañana —dijo de una forma educada y benevolente...

Todas se echaron a reír.

—No —dijo Muriel—. No nos dejes solas, John Thomas. Elige a una.

—Os elijo a todas, si queréis —respondió galantemente.

—Tú no deseas eso —dijo Muriel—. Dos son compañía, siete son demasiadas.

—No, toma a una —dijo Laura—. Justo y equitativo, todo sobre el tapete, di a cuál.

—¡Ah! —gritó Annie hablando por primera vez—. Elige, John Thomas, déjanos oírlo.

—No. Me voy a casa tranquilo esta noche.

—¿Adónde? —dijo Annie—. Elige, pues, una compañía. ¡Pero tienes que elegir entre nosotras!

—No. ¿Cómo puedo elegir a una? —dijo sintiéndose inquieto—. No quiero tener enemigos.

—Sólo tendrás un enemigo —dijo Annie.

—La elegida —añadió Laura.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Pero qué decís, chicas? —exclamó volviéndose como para salir—. En fin... buenas noches.

—¡No! Tienes que hacer tu elección —dijo Muriel—. Vuelve la cara hacia la pared y di quién te toca. Vamos, te tocará la espalda una de nosotras. Vamos, vuelve la cara hacia la pared, no mires y di quién te está tocando.

Estaba intranquilo, desconfiaba de ellas. Sin embargo, no tenía coraje para salir. Le empujaron hacia la pared y le mantuvieron allí de pie. A su espalda, ellas le hacían burla, riéndose. ¡Tenía un aspecto tan cómico! Él miraba hacia los lados intranquilo.

—¡Vamos! —gritaba.

—¡Estás mirando! ¡Estás mirando!

Volvió la cabeza. De repente, con el movimiento de un gato veloz, Annie se adelantó y le arrojó una caja por un lateral, le hizo volar la gorra y tambalearse. Él se volvió de espaldas de nuevo.

Pero a la señal de Annie todas se precipitaron sobre él, abofeteándole, pellizcándole, tirándole del pelo, aunque más con burla que con rabia.

No obstante, estaba enrojecido. Sus ojos azules se habían encendido con un extraño miedo, como con furia y daba cabezadas entre las chicas dirigiéndose a la puerta. Estaba cerrada con cerrojo. Tiró violentamente de ella. Se levantó, las chicas estaban de pie a su alrededor y le miraban. Él las miraba de frente, acorralado. En aquel momento le parecieron horribles, con aquellos uniformes cortos. Tenía miedo.

—¡Vamos! ¡Vamos, John Thomas! ¡Elige! —dijo Annie.

—¿Qué pretendes? Abre la puerta —dijo él.

—No. No la abriremos hasta que hayas elegido —dijo Muriel.

—¿Elegido qué?

—Elegido a aquella con quien te vas a casar —contestó.

Dudó por un momento.

—¡Abrid la maldita puerta! Y reportaos —dijo con autoridad oficial.

—¡Tienes que elegir! —gritaron las chicas.

—¡Vamos! —gritó Annie mirándole a los ojos—. ¡Vamos, vamos!

Se adelantó vagamente. Ella se había quitado el cinturón y blandiéndolo le lanzó un agudo golpe por encima de la cabeza con la hebilla. Él saltó y la agarró. Pero inmediatamente las demás chicas se abalanzaron sobre él, golpeándole, tirando de él y arañándole. Se les había subido la sangre a la cabeza. John se convirtió en su deporte. Iban a tomarse la revancha.

Extrañas y salvajes criaturas se agarraban a él y se precipitaban amenazantes. Tenía la ropa de la espalda rota. Nora le había cogido por el cuello y estaba estrangulándole. Por suerte el botón saltó. Luchaban con un delirio salvaje de furia y terror; casi de terror loco. Tenía el traje roto, las mangas de la camisa destrozadas y los brazos desnudos. Las chicas se precipitaron sobre él, hincándole las uñas y empujándole: se abalanzaban sobre él golpeándole o dándole cabezazos con todas sus fuerzas. John tenía la cabeza agachada y estaba encogido, balanceándose de un sitio a otro. Ellas estaban enardecidas.

Finalmente cayó. Se lanzaron sobre él clavándole las rodillas. No tenía aliento ni fuerza para moverse. Su rostro estaba sangrando por un gran arañazo; tenía la ceja magullada. Annie se arrodilló sobre él; las otras, ya arrodilladas, le sujetaban. Su rostro estaba encendido, el pelo desordenado y le brillaban los ojos extrañamente. Yacía bastante quieto, con el rostro apartado, como yace un animal

cuando está derrotado y a merced del cazador. Algunas veces sus ojos miraban los rostros salvajes de las chicas. Su pecho jadeaba y tenía las muñecas destrozadas.

—Ahora, pues, señor... —murmuró Annie con fuerza—. Ahora, pues...

Al sonido de aquel triunfo frío y terrorífico, comenzó a pelear como sólo un animal puede hacerlo, pero las chicas se lanzaron de nuevo sobre él con más fuerza y con un poder sobrenatural, forzándole de nuevo a agacharse.

—¡Sí! ¡Y ahora, pues...! —añadió con fuerza.

Y hubo un silencio de muerte en el que se oyó un golpe sordo del latir del corazón. Era un lapso de silencio puro en cada espíritu.

—Ahora ya sabes dónde estás —dijo Annie.

La vista del brazo desnudo y blanco enloqueció a las chicas; él yacía en una especie de trance de temor y lucha. Ellas se sentían llenas de una fuerza sobrenatural. De pronto, Polly se echó a reír desesperadamente, con carcajadas sofocadas; Emma y Muriel la acompañaban. Pero Annie, Nora y Laura permanecían tensas con la mirada fija y los ojos brillantes. Él se estremeció ante aquellos ojos.

—Sí —dijo Annie, con un tono bajo, curioso, secreto, mortecino.

—Sí, ya lo tienes. ¿Sabes lo que has hecho? ¿No sabes lo que has hecho?

John no pronunció sonido alguno, ni hizo ningún gesto; antes bien yacía con los ojos apartados y brillantes, el rostro ensangrentado.

—Deberíamos matarte, eso es lo que deberíamos hacer —dijo Annie.

—Deberías ser asesinado —había un gran deseo en su voz.

Polly estaba dejando de reír y lanzó un largo ¡Ooooh! Y suspiros, como si volviese en sí.

—Tienes que elegir —dijo.

—¡Oh, sí! ¡Sí! —dijo Laura con decisión vengativa.

—¿Me oyes? ¿Me oyes? —dijo Annie. Y con un rápido movimiento, que le hizo asustarse, volvió su rostro hacia el de él.

—¿Me oyes? —repitió sacudiéndole.

Él la miraba con ojos hostiles.

—¡Habla! —dijo ella, acercando su rostro al de él.

—¿Qué? —dijo casi vencido.

—¡Tienes que elegir! —gritó como si fuese una terrible amenaza y como si le doliese no poder precisar más.

—¡Elige a tu chica, Cuddy! ¡Tienes que elegirla ahora! Y te romperemos el cuello si vuelves a usar cualquiera de tus trucos, chico.

—Ahora estás sujeto. —Hubo una pausa. De nuevo apartó su rostro: era astuto en su derrota. No

cedería ante ellas aunque le hicieran pedazos.

—De acuerdo entonces —dijo—. Elijo a Annie —su voz era extraña y estaba llena de malicia. Annie se apartó de él como si fuese un ascua al rojo vivo.

—¡Ha elegido a Annie! —dijeron las muchachas a coro.

—¿A mí? —gritó Annie. Estaba todavía arrodillado, boca abajo. Las chicas se agruparon inquietas alrededor de él.

—¡A mí! —repitió Annie, con un tono terriblemente amargo.

Entonces se levantó, apartándose de él aún más, con una amargura y disgusto extraños.

—No lo rozaría —dijo ella.

Pero su rostro temblaba con un gesto de agonía, parecía como si se fuese a caer. Las otras chicas se apartaron hacia un lado, John permanecía tumbado en el suelo, con las ropas destrozadas y sangrando, con el rostro vuelto hacia abajo.

—¡Oh! ¡Si te ha escogido! —dijo Polly.

—No le quiero. Puede elegir de nuevo —dijo Annie con la misma desesperanza amarga.

—Levántate—dijo Polly cogiéndole del hombro—. ¡Levántate! —Se levantó despacio, era una extraña, desharrapada y aturdida criatura. Las chicas le miraron desde lejos, curiosas, furtivas y amenazadoras.

—¿Quién le quiere? —gritó Laura con dureza.

—¡Nadie! —contestaron con desprecio. Sin embargo, cada una de ellas esperaba que él las mirase. Todas excepto Annie, porque algo se había roto en ella.

Él, sin embargo, mantenía el rostro apartado de todas. Hubo un silencio. John recogió algunos trozos de su ropa rota, sin saber qué hacer con ellos. Las chicas estaban de pie, inquietas, sonrojadas, jadeantes, arreglándose el pelo y el vestido de una manera inconsciente y mirándole. Él no miró a ninguna de ellas.

Divisó su gorra en una esquina de la habitación y se dirigió hacia allí para recogerla. Se la puso y una de las chicas estalló en una risa histérica ante el aspecto que tenía. John no sólo no prestó atención, sino que se dirigió hacia donde estaba colgado su abrigo. Las chicas se apartaron de él como si fuese un cable eléctrico. Se puso el abrigo y se lo abrochó. Entonces enrolló los trozos rotos de su chaqueta en un hato y se quedó de pie, mudo frente a la puerta cerrada con cerrojo.

—¡Que alguien abra la puerta! —dijo Laura.

—Annie tiene la llave —dijo alguien.

Annie dio la llave silenciosamente a las chicas. Nora descorrió el cerrojo de la puerta.

—Donde las dan las toman, viejo —dijo—. Demuestra que eres un hombre y no guardes rencor.

Pero sin una sola palabra o gesto, John había abierto la puerta y se había alejado, el rostro intimidado y la cabeza baja.

—Eso le enseñará —dijo Laura.

—¡Coddy! —dijo Nora.

—¡Cállate ya! —gritó Annie como torturada.

—¡Bien! Ya estoy preparada para marcharnos. Vamos, Polly —dijo Muriel.

Todas estaban deseando marcharse. Se arreglaron de prisa con rostros estupefactos y silenciosos.

SOL

I

«LLÉVENSELA a que tome el sol» —dijeron los médicos.

Incluso ella era escéptica respecto a eso de tomar el sol pero permitió que la llevaran al mar con su niño, una niñera y su madre.

El barco zarpaba a medianoche. Y durante dos horas su marido permaneció con ella mientras acostaban al niño y los pasajeros llegaban a bordo. Era una noche oscura: el Hudson se agitaba con una densa neblina, sacudido por derramados hilos de luz. Se apoyó en la barandilla y mirando hacia abajo pensó: «Esto es el mar; es más profundo de lo que uno se imagina y pleno de recuerdos». En aquel momento el mar parecía palpitar como la serpiente del caos que desde siempre ha existido.

—Estas despedidas no son buenas —le iba diciendo su marido, que estaba a su lado—. No son buenas. No me gustan.

El tono de su voz estaba lleno de aprensión, de recelo y un cierto toque como de última esperanza.

—A mí tampoco me gustan —respondió ella con voz clara.

Ella recordaba ahora cuán amargamente habían deseado separarse, él y ella. La emoción de la despedida le daba un suave tirón a sus emociones pero lo único que conseguía era que el hierro que había penetrado en su alma se le clavase aún más profundamente.

Miraron a su hijo dormido y los ojos del padre se humedecieron. Pero no es la humedad de sus ojos lo que cuenta, es el ritmo férreo y profundo de la costumbre, las costumbres de toda una vida, de los años; la profunda marca del poder. Y en sus vidas la marca del poder era hostil, la de él y la de ella.

Como dos artefactos que funcionan desajustados, se destruían el uno al otro.

—¡A tierra! ¡A tierra!

—Mauricio, ¡tienes que irte!

Y pensó: para él es: «A tierra», para mí es: «A la mar».

Él agitó el pañuelo en medio de la oscuridad de la noche en el muelle según el barco se alejaba despacio; uno en medio de la multitud. ¡Uno en medio de la multitud! *C'est ça*.

Los transbordadores, como grandes bandejas apiladas con hileras de luces, todavía navegaban por el Hudson. Aquella boca negra debía de ser la estación de Lackawanna.

El barco iba bajando, el Hudson parecía interminable. Pero finalmente alcanzaron la curva y allí estaba la pobre cosecha de luces en el Battery. La Estatua de la Libertad levantaba la antorcha en una especie de rabieta. Allí estaba el batir del mar.

Y, aunque el Atlántico era gris como la lava, llegó finalmente al sol. Tenía una casa sobre el más azul de los mares, con un gran jardín, o viñedos, todo viñas y olivos en pendiente, terraza tras terraza

hasta la franja llana de la costa; y el jardín pleno de lugares secretos, profundas arboledas de limoneros allá abajo en la hondonada de la tierra, y escondidas albercas de aguas puras y verdes; también había un manantial que brotaba en una pequeña gruta donde habían bebido los viejos sículos antes de que llegasen los griegos; y una cabra gris balando con su establo en una tumba antigua con todos los nichos vacíos. Había olor a mimosa y más allá la nieve del volcán.

Veía todo aquello y de algún modo se tranquilizaba. Pero todo era externo. En realidad no le importaba. Ella era la misma, con la cólera y la frustración dentro de sí misma y su incapacidad para sentir algo auténtico. El niño la irritaba porque se aprovechaba de la paz de su alma. Se sentía tan horrible y terriblemente responsable de él: como si tuviese que responsabilizarse de cada uno de los soplos de su respiración. Y esto era una tortura para ella, para el niño y para cada una de las personas cercanas.

—Ya sabes, Julieta, que el doctor te aconsejó tumbarte al sol sin ropa. ¿Por qué no lo haces? —le decía la madre.

—Lo haré cuando me apetezca. ¿Quieres matarme? —le lanzaba Julieta.

—¡Matarte! No, por favor. ¡Es por tu bien!

—¡Por Dios, deja ya de desear mi bien!

Finalmente la madre estaba tan herida y enfadada que se marchaba. El mar se iba poniendo blanco, y después invisible. Llovía torrencialmente. Hacía frío en la casa construida para el sol.

De nuevo otra mañana y el sol se elevaba desnudo y fundido, chispeante al borde del mar. La casa estaba orientada al sureste. Julieta yacía en la cama y le observaba levantarse. Era como si nunca antes hubiese visto amanecer. Nunca había visto al sol desnudo alzarse sobre la línea del mar, sacudiéndose de encima la noche. De este modo fue creciendo en ella el deseo de tomar el sol desnuda. Guardaba el deseo como un secreto. Pero quería irse lejos de la casa, lejos de la gente. Y no es fácil esconderse en un país donde cada olivo tiene ojos y todas las veredas se ven desde lejos.

Pero encontró un lugar: un acantilado encaramado sobre el mar y hacia el sol, y plagado de grandes cactus, el cactus de hojas planas llamado chumbera. Cerca de este montículo gris azulado de cactus se erigía un ciprés de tronco ancho y pálido y una copa que se inclinaba flexible en el azul. Permanecía como un guardián mirando al mar; o una candela plateada cuya enorme llama fuera la oscuridad contra la luz: la tierra lanzando hacia arriba su orgullosa lengua de penumbra.

Julieta se sentaba al lado del ciprés y se quitaba la ropa. Los contorsionados cactus formaban un bosque, espantosos pero fascinantes, a su alrededor. Se sentaba y le ofrecía al sol sus senos, suspirando, incluso ahora, con un cierto dolor duro por la crueldad de tener que entregarse.

Pero el sol se iba moviendo en el cielo azul y le iba lanzando sus rayos según se iba alejando. Sentía la suave brisa del mar en sus pechos que parecían como si nunca antes hubiesen madurado. Pero apenas sentían el sol. Frutas que se marchitarían sin madurar, sus pechos.

Sin embargo, pronto, iba a comenzar a sentir el sol dentro de ellos, más cálido que lo que el amor había sido, más cálido que la leche o las manos de su niño. Por fin, por fin sus pechos eran como grandes uvas blancas bajo el ardiente sol. Se quitaba toda la ropa y se tumbaba desnuda al sol y mientras estaba tumbada contemplaba a través de sus dedos al imponente sol, su redondez azul y palpitante con los bordes externos manando brillos. ¡Latiendo con un maravilloso azul, y vivo, y

fluyendo fuego blanco por sus contornos, el sol! Él la contemplaba allá abajo con una mirada de fuego azul, y envolvía sus pechos y el rostro, la garganta, su cansado vientre, las rodillas, los muslos y los pies.

Yacía con los ojos cerrados, el color de una llama rosa a través de sus párpados. Era demasiado. Recogía hojas y se las ponía sobre los ojos. Después se tumbaba de nuevo al sol, como una calabaza blanca que ha de madurar hasta ponerse dorada.

Podía sentir el sol penetrándole incluso hasta en los huesos; no, incluso más allá, incluso en las emociones y en los pensamientos. Las oscuras tensiones de su emoción comenzaban a alejarse, los oscuros y fríos coágulos de sus pensamientos comenzaban a disolverse. Estaba comenzando a sentir calor por toda ella. Volviéndose de espaldas, dejaba los hombros disolverse al sol, el lomo, la parte trasera de los muslos, incluso los talones. Y allí permanecía tumbada, medio aturdida con perplejidad por lo que le estaba sucediendo. Su corazón cansado y frío se iba fundiendo, y al fundirse se evaporaba. Una vez vestida, se volvía a tumbar y miraba al ciprés cuya copa, un filamento flexible, se dejaba mecer por la brisa. Mientras tanto, era consciente del imponente sol deambulando por el cielo.

Así, aturdida, volvía a casa, viendo a medias, cegada y aturdida por el sol. Y su ceguera era como una riqueza, y su conciencia pesada, cálida y débil, era como una abundancia.

—¡Mami! ¡Mami! —el niño corría hacia ella, llamándola con esa pequeña angustia de deseo, siempre requiriéndola. Ella estaba sorprendida de que su adormecido corazón, por una vez no sintiese esa ansiosa angustia recíproca. Cogía al niño en brazos pero pensaba: «No debería de ser tan pelmazo. Si tomara el sol renacería».

La molestaban sus manitas agarrándose a ella, aferrándosele al cuello. Le retiraba las manos de la garganta. No quería que la tocasen. Cuidadosamente ponía al niño en el suelo.

—¡Vamos, corre! ¡Corre al sol!

Una y otra vez le quitaba la ropa y le ponía en la terraza desnudo al sol.

—¡Juega al sol! —le decía.

El niño estaba asustado y quería llorar. Pero ella, en la cálida indolencia de su cuerpo, y con la completa indiferencia de su corazón le lanzaba una naranja rodando por las losas rojas y el niño con su suave e informe cuerpecito daba pasos hacia ella. Después, inmediatamente se le agarraba, pero la soltaba porque la sentía rara contra su carne. Y el niño se volvía hacia ella, quejoso, haciendo mohines para llorar, asustado porque estaba desnudo.

—¡Tráeme la naranja! —le decía ella, asombrada de su profunda indiferencia respecto a la inquietud del niño—. ¡Tráele a mami la naranja!

—No crecerá, como su padre —se decía—. «Como un gusano que no ha visto nunca el sol».

II

Tenía en su mente continuamente al niño como un tormento de responsabilidad, como si al haberlo tenido tuviese que responder por su completa existencia. Incluso, cuando moqueaba, le resultaba repulsivo y con un agujonazo en las entrañas se decía a sí misma: «Mira lo que has

parido».

Ahora sin embargo se había producido un cambio. Ya no estaba vitalmente interesada en el niño, se había despojado de la tensión de su ansiedad. Y el niño se iba esforzando.

Reflexionaba sobre el sol en su esplendor y en su unión con él. Su vida era ahora un completo ritual. Yacía, siempre despierta, antes del alba, contemplando las primeras luces tornándose doradas, para saber si la niebla se posaría en la orilla del mar. Su alegría era cuando el sol se levantaba todo fundido en su desnudez y lanzaba un fuego blanco y azulado contra la ternura del cielo. Pero algunas veces aparecía rojizo como una criatura grande y tímida. Y otras veces ascendía, lento y de rojo carmín con una mirada de cólera empujando lentamente y abriéndose camino a codazos. Otras veces no podía verlo, entonces solamente las nubes despedían un tono dorado y escarlata desde arriba según se movía tras el muro.

Era afortunada. Las semanas pasaban y aunque la aurora algunas veces estaba nublada y la tarde a veces estaba gris, no había ningún día sin sol y la mayoría de los días, aunque fuese invierno, transcurrían radiantes. Entonces aparecían, malvas y rayadas, las florecillas silvestres del azafrán, los narcisos también silvestres con sus estrellas invernales colgando.

Cada día bajaba hasta el ciprés que estaba en el bosquecillo de cactus en la loma de rocas amarillentas. Ahora era más sabia y sutil, y vestía sólo una camisa gris perla y sus sandalias. De este modo en un instante, en cualquier nicho escondido, se ponía desnuda a tomar el sol. Y en el momento en el que se cubría se volvía gris e invisible.

Cada día, por la mañana, se tumbaba a los pies del plateado y poderoso ciprés mientras el sol cabalgaba jovial por el cielo. Para entonces ya reconocía al sol en cada una de las fibras de su cuerpo, ya no le quedaba ni una sombra de frío. Y su corazón, ese corazón tenso y ansioso, había desaparecido como una flor que se marchita al sol y sólo deja un cofre de semillas maduras.

Reconocía al sol en el cielo, de un azul fundido con sus filos blancos e ígneos, lanzando fuego. Y aunque brillaba sobre el mundo, cuando yacía desnuda, se concentraba sobre ella. Ésa era una de las maravillas del sol, podía brillar sobre un millón de personas y aún podía seguir siendo radiante, espléndido y único enfocándola a ella sola.

Con el reconocimiento del sol, y la convicción de que el sol la conocía a ella en el sentido carnal y cósmico de la palabra, le sobrevino un sentimiento de aislamiento de la gente y un cierto desprecio por los seres humanos. ¡Eran tan poco elementales, tan alejados del sol! Eran tan parecidos a los gusanos.

Incluso los campesinos que subían con sus burros por aquel camino antiguo y rocoso, curtidos por el sol como estaban, incluso ellos no estaban bien soleados. Había un pequeño foco, blanco y blando, como de temor, como un caracol en su cascarón, donde el espíritu de los hombres se retraía por miedo a la muerte, por miedo al resplandor natural de la vida. El hombre no se atrevía a emerger: siempre internamente acobardado. Todos los hombres eran así. ¿Por qué admitirlos?

Por su indiferencia respecto a la gente, respecto a los hombres, ahora ya no era tan precavida para que no la viesan. Le había dicho a Marinina, que le hacía las compras en el pueblo, que el médico le había mandado tomar baños de sol. Con eso era suficiente. Marinina era una mujer de unos sesenta años, alta, delgada, recta, con el pelo rizado y gris, y ojos también de un gris oscuro que tenían la sagacidad de miles de años, con una sonrisa en la que subyace toda una larga experiencia.

La tragedia es la falta de experiencia.

«Debe de ser hermoso ponerse desnuda al sol», decía Marinina con una risa audaz en la mirada mientras contemplaba a la otra mujer. El pelo de Julieta, claro y cortado en forma de melena, se le rizaba en las sienes como una pequeña nube. Marinina era una mujer de la Magna Grecia y tenía recuerdos lejanos. Miró de nuevo a Julieta: «Pero hay que ser hermosa para no ofender al sol ¿no? —añadía con esa sonrisita extraña y entrecortada propia de las mujeres del pasado. «¿Quién sabe si soy hermosa?», dijo Julieta. Pero bella o no, ella se sentía apreciada por el sol, lo cual era lo mismo.

Al sol de mediodía, algunas veces se escabullía por entre las rocas y los acantilados en el barranco donde colgaban los limones con una sombra eterna y fresca y en el silencio se quitaba la blusa para lavarse en uno de los pilones verdes y claros: entonces se daba cuenta a la luz verde y pelada bajo las hojas del limonero de que todo su cuerpo estaba rosáceo y que se estaba poniendo dorado. Era otra persona. Entonces recordaba que los griegos habían dicho que un cuerpo blanco y poco soleado era un cuerpo de pescado y malsano.

Por eso se untaría un poco de aceite de oliva en la piel, y vagaría un momento por el oscuro submundo de los limoneros, y se colocaría una flor del limonero en el ombligo y se reiría de sí misma. Podría darse la casualidad de que algún campesino la viese. Pero si esto ocurriese él tendría más miedo de ella que ella de él. Ella conocía el pálido foco del miedo en los cuerpos vestidos de los hombres. Lo conocía incluso en su propio hijo. ¡Cómo desconfiaba de ella, ahora que se reía de él dándole el sol en la cara! Ella insistía en que caminase desnudo al sol. Y ahora su cuerpecillo estaba también de color rosa, el pelo rubio le caía espeso por la frente y las mejillas tenían un color escarlata en el dorado delicado de su piel soleada.

Era hermoso y sano y las sirvientas que adoraban su color rojo, dorado y azul, le llamaban ángel del cielo. Pero el niño desconfiaba de su madre: se reía de él. Y ella veía en sus grandes ojos azules, bajo el entrecejo, ese foco de miedo, el recelo, que ella creía ver ahora en el centro de todos los ojos masculinos. Ella lo llamaba miedo al sol.

—Teme al sol —se decía mirando en los ojos del niño.

Y cuando le miraba caminando torpemente, tambaleándose, dando volteretas al sol, haciendo esos ruiditos como graznidos de pájaro, veía que se mantenía tenso y escondiéndose del sol, dentro de sí mismo. Su espíritu era como un caracol en su concha, en una grieta fría y húmeda dentro de sí mismo. Le hacía pensar en el padre del niño. Le gustaría poder hacer que saliese de sí mismo, que se escapara en un gesto de temeridad y salutación. Decidió llevarle con ella bajo el ciprés entre los cactus. Tendría que vigilarle, por las espinas. Pero seguramente en ese lugar saldría de su pequeña concha. Esa tensión civilizada desaparecería de su frente.

Extendió una alfombrilla para el niño y le sentó allí. Después se quitó la blusa y se tumbó mirando un halcón allá en lo azul y la copa suspendida del ciprés. El niño jugaba con algunas piedras en la alfombra. Cuando el niño se levantaba para caminar ella también se incorporaba. Él se volvía para mirarla. En sus ojos azules estaba lo cálido y desafiante de lo masculino. Y era guapo, con ese tono escarlata en el rubio dorado de la piel. No estaba blanco. Su piel estaba ya oscuramente dorada.

—Ten cuidado con los pinchos, cariño —decía.

—Pinchos —repetía el niño con un gorjeo de pájaro mirándola por encima de su hombro, dubitativo como el querubín desnudo de un cuadro.

—Estúpidos pinchos.

—Pinchos.

Se tambaleaba con sus sandalitas por entre las piedras, agarrándose a la hierbabuena seca y silvestre. Ella era rápida como una serpiente en cogerle cuando se iba a caer en las chumberas. Incluso estaba sorprendida de sí misma: «¡Qué gato salvaje estoy hecha!», se decía.

Todos los días le llevaba al ciprés cuando lucía el sol.

—Ven —le decía—. ¡Vamos al ciprés!

Y si el día estaba nublado y soplabla la tramontana entonces no bajaban y el niño le pedía continuamente: «Al ciprés, al ciprés».

Lo echaba de menos tanto como ella. No era sólo tomar el sol. Era mucho más que eso. Algo profundo dentro de ella se desplegaba y se relajaba y ella se entregaba. Por algún misterioso poder en su interior, más profundo que su conciencia y su voluntad, se ponía en conexión con el sol y una corriente fluía de su ser, de su vientre. Ella misma, su ser consciente, era, secundario, una persona secundaria, casi una espectadora. La verdadera Julieta era ese flujo oscuro que emanaba desde su profundo cuerpo hacia el sol. Siempre había sido dueña de sí misma, consciente de lo que estaba haciendo y mantenía en tensión su propio poder. Ahora sentía dentro de sí misma otro tipo de poder, algo más grande que ella misma, fluyendo por sí mismo. Ahora era como imprecisa, pero tenía un extraño poder más allá de ella misma.

III

A finales de febrero, de repente, hizo mucho calor. La flor del almendro caía como nieve rosa por el leve roce de la brisa. Las pequeñas y sedosas anémonas violetas florecían, los asfódelos crecían en capullos y el mar estaba azul aciano. Julieta había dejado de preocuparse por cualquier cosa. Ahora la mayor parte del tiempo permanecían desnudos al sol y eso era lo que ella quería. A veces bajaba a bañarse hasta el mar. A menudo vagabundeaba por entre las rocas donde brillaba el sol y estaba lejos de las miradas. Algunas veces veía a un campesino con su burro y él la veía a ella. Pero ella estaba allí con su hijo tan tranquila y la fama de los efectos curativos del sol, tanto para el espíritu como para el cuerpo, se había difundido entre la gente, por lo tanto no era tan sorprendente. El niño y ella estaban ya bronceados con un tostado rosáceo. «Soy otra persona», se decía a sí misma cuando se miraba los pechos y los muslos rosa y oro. El niño también era otra criatura, con una concentración peculiar, tranquila y soleada. Ahora jugaba solo en silencio y no le notaba apenas. Ya parecía no darse cuenta de que estaba solo.

La brisa soplabla y el mar era ultramarino. Se sentaba al lado de la gran huella plateada del ciprés, se adormecía al sol pero sus pechos estaban alertas, llenos de savia. Comenzaba a ser consciente de que alguna actividad estaba produciéndose en ella, una actividad que la llevaría a un nuevo modo de vida. Aún así no quería ser consciente. Conocía demasiado bien el frío y gran montaje de la civilización del que era tan difícil evadirse. El niño se había apartado unos pasos más allá en la vereda rocosa tras el gran seto de cactus. Ella le veía, un auténtico infante dorado de los vientos, con el pelo rubio y las mejillas rojas recogiendo las sarracénias moteadas y colocándolas en ristras. Ya sabía mantenerse de pie y era rápido ante los imprevistos, como un joven animal que jugase absorto y silencioso.

De pronto le oyó decir: «Mira, mami, mami, mira». Una nota en su vocecita de pájaro la hizo levantarse bruscamente hacia él. El corazón se le quedó paralizado. La estaba mirando por encima de su hombrito desnudo y le señalaba con su descuidada manita una serpiente que se había erguido a unos pasos de él y abría sus fauces de modo que la lengua bífida y blanda temblaba como una sombra negra emitiendo un breve silbido.

—¡Mira, mami!

—¡Sí, cariño. Es una serpiente! —dijo con una voz profunda y lenta.

El niño la miró con sus grandes ojos azules dudosos de si sentir miedo o no. Una cierta quietud de sol en ella lo tranquilizó.

—¡Serpiente! —gorjeó el niño.

—¡Sí, cariño. No la toques, puede morderte!

La serpiente se iba, desenroscándose de la espiral en la que había estado plácidamente dormida y despacio iba deslizándose su cuerpo largo y marrón dorado con lentas ondulaciones. El niño se volvió y la miró en silencio. Entonces dijo:

—¡La serpiente va!

—¡Sí, déjala que se vaya. Le gusta estar sola!

El niño todavía contemplaba aquella largura lenta y dilatada que se iba escondiendo con indolencia.

—¡La serpiente va...va...! —dijo.

—¡Sí. Se ha ido! ¡Ven con mami!

Entonces fue y se sentó con su cuerpecito desnudo y regordete sobre el regazo desnudo de la madre y ella le atusó el pelo brillante. No le dijo nada sabiendo que todo había pasado ya. El poder tranquilizador del sol la colmaba, colmaba todo aquel lugar como un hechizo; y la serpiente formaba parte de aquel lugar, junto con ella y el niño.

Otro día, en el seco muro de una de las terrazas de los olivos, vio una serpiente negra reptando horizontalmente.

—¡Marinina! —dijo—, he visto una serpiente negra. ¿Son peligrosas?

—¡Oh! Las serpientes negras, no; pero las amarillas sí. Si te pica una serpiente amarilla te mueres. Pero me asustan, me asustan incluso las negras cuando las veo.

Julieta continuó yendo al ciprés con el niño. Pero siempre miraba alrededor antes de sentarse y examinaba detenidamente los lugares a los que el niño pudiera acercarse. Después se tumbaba y tomaba el sol de nuevo con sus pechos bronceados y erectos, en forma de pera. No pensaba en el futuro. Rechazaba pensar fuera de su jardín y no podía escribir cartas. Le pedía a la niñera que se las escribiera.

IV

Transcurría marzo y el sol era cada vez más fuerte. En las horas de calor se resguardaba bajo la

sombra de los árboles o bajaba hasta la fresca arboleda de los limoneros. El niño corría a distancia como un joven animalillo absorto por la vida.

Un día estaba sentada al sol en la cuesta del barranco después de haberse bañado en uno de los grandes aljibes. Más allá, bajo la sombra de los limoneros el niño corría entre las flores amarillas, recogiendo los limones caídos y saltando con su cuerpecito bronceado por entre salpicaduras de luz, moviéndose por entre la luz vetada.

De pronto, en el borde alto de la tierra contra el cielo azul pálido apareció Marinina con un pañuelo negro en la cabeza y llamándola cadenciosamente: «¡Señora, señora Julieta!».

Julieta se volvió, poniéndose de pie. Marinina se quedó quieta durante un momento mirando a la mujer que estaba desnuda, el pelo claro teñido de sol como una nubecilla. Después, la anciana, ágil, bajó la cuesta del empinado camino. Permaneció de pie y erecta a unos pasos de la mujer bronceada por el sol, y la miró con picardía.

—¡Qué hermosa está usted! —dijo fríamente, casi con ironía—. Allí está su marido.

—¡Mi marido! —exclamó Julieta.

La anciana soltó un gruñido de risa, la mueca de una mujer del pasado.

—¿No tiene usted un marido? —dijo burlonamente.

—¿Pero dónde está?

La vieja miró por encima del hombro.

—Iba siguiéndome —dijo—, pero no habrá encontrado el sendero. —Y volvió a soltar otra risa.

Las veredas estaban cubiertas de hierbas altas y de flores, de modo que eran como surcos de pájaros en un lugar eternamente silvestre. Extraña la naturaleza agreste y vivida de los lugares antiguos de la civilización, un estado agreste donde no hay desolación.

Julieta miró a su sirvienta con ojos reflexivos.

—¡Ah, bien! —dijo finalmente—. Déjale que venga.

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó Marinina mirando con ojos grises y burlones a Julieta. Después se encogió de hombros.

—De acuerdo, como quiera. Pero es un sitio raro para él.

Y comenzó a reírse por lo bajo. Después señaló al niño que estaba recogiendo montones de limones. «Mire qué precioso está el niño. Le encantará verlo. Voy a traerlo».

—Sí, tráigalo —dijo Julieta.

La anciana volvió a subir la cuesta rápidamente. Mauricio estaba allí entre los viñedos como perdido, con el rostro grisáceo, con un sombrero de fieltro gris y un traje gris oscuro. Parecía estar patéticamente fuera de lugar bajo aquel sol tan espléndido y la gracia del mundo griego antiguo; como un borrón de tinta sobre la cuesta incandescente.

—¡Venga! —le dijo Marinina—. ¡Están allí abajo!

Y le llevó hasta la vereda dando zancadas a través de las hierbas. De pronto se paró en la parte

más alta de la cuesta. Las copas de los limoneros lucían oscuras en la parte baja.

—Tiene usted que bajar hasta allí —le dijo, y él le dio las gracias mirándola rápidamente.

Era un hombre de unos cuarenta años, afeitado, de rostro pálido, calmoso y muy tímido. Mantenía sus negocios sin éxitos asombrosos pero con eficacia. No se fiaba de nadie. La anciana de la Magna Grecia le miró: «Es bueno —se dijo— pero no es un hombre de veras, pobrecito».

—¡Allí abajo está la señora! —dijo Marinina señalando hacia abajo como una de las parcas.

Él dijo de nuevo: «¡Gracias, gracias!», sin expresión alguna, y se adentró despacio en el sendero. Marinina levantó la cabeza con una alegre perversidad. Después se encaminó hacia la casa.

Mauricio iba contemplando el camino por entre la maraña de hierbas mediterráneas y por eso no vio a su esposa hasta que llegó a una curva ya bastante próxima a donde estaba ella. Ella estaba de pie y desnuda al lado de una roca que sobresalía, brillando al sol y con una cálida vida. Sus pechos parecían elevarse alertas para escuchar, sus muslos parecían oscuros y raudos. Le lanzó una mirada rápida y nerviosa según se iba acercando como si fuese un borrón de tinta en el papel secante.

El pobre Mauricio dudó y miró para otra parte. Volvió la cara.

—Hola, Julia —dijo con una tosecita nerviosa—. ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Avanzó con la cara hacia otro lado, lanzándole breves miradas mientras que ella seguía de pie con el satinado brillo del sol en su piel bronceada. De algún modo no parecía estar tan terriblemente desnuda. Era como si el rosáceo bronceado del sol la vistiese.

—¡Hola, Mauricio! —dijo ella retirándose un poco de él—. No te esperaba tan pronto.

—No —dijo él—. Me las he arreglado para escaparme un poco antes.

Y de nuevo volvió a toser con torpeza.

Permanecieron de pie, bastante alejados el uno del otro y en silencio.

—Allí está el niño —dijo ella señalando hacia la sombra donde un golfillo desnudo recogía los limones caídos.

El padre lanzó una pequeña sonrisa.

—¡Ah, sí, allí está! Está hecho un hombrecito —dijo. Estaba como atemorizado con su espíritu reprimido y nervioso—. ¡Hola, Johnny! —le dijo con debilidad—. ¡Hola, Johnny!

El niño levantó la cabeza, soltando los limones de sus regordetes brazos, pero no respondió.

—Supongo que debemos ir por él —dijo Julieta según comenzaba a caminar hacia el sendero. Su marido la seguía, mirando el movimiento rápido y rosado de sus caderas, que ella iba contorsionando en el hueco de su cintura. Estaba aturdido de admiración pero también de completa pérdida. ¿Qué iba a hacer con él mismo? Estaba completamente fuera de lugar, con aquel traje gris oscuro y su sombrero gris claro y el rostro también gris y monástico de un hombre de negocios tímido.

—Tiene buen aspecto ¿verdad? —dijo Julieta, mientras atravesaban un profundo mar de flores amarillas bajo los limoneros.

—¡Sí, claro. Está espléndido, espléndido! ¡Hola, Johnny! ¿No conoces a papá? ¿No conoces a papá, Johnny?

Se agachó y le extendió los brazos.

—¡Limonos! —dijo el niño, gorjeando como un pajarillo—. ¡Dos limones!

—¡Dos limones! —dijo el padre—. ¡Montones de limones!

El niño se acercó y le puso un limón en cada mano. Después el niño le dio la espalda.

—¡Dos limones! —repitió el padre—. ¡Ven aquí, Johnny! ¡Ven y dile «hola» a papá!

—¡Papá se va! —dijo el niño.

—¿Irme? Bueno, sí, pero hoy no.

Y cogió al niño en brazos.

—¡Quita la chaqueta! ¡Papá quita la chaqueta! —dijo el niño, apartándose de la ropa.

—¡De acuerdo, hijo! ¡Papá se quita la chaqueta!

Se quitó la chaqueta y la colocó a un lado, después volvió a coger al niño en brazos. La mujer desnuda contemplaba al niño desnudo en los brazos del hombre en mangas de camisa. El niño le había retirado el sombrero, y Julieta miraba el lacio pelo gris y negro de su marido, y no estaba fuera de lugar. Era completamente familiar. Permaneció en silencio durante un rato, mientras que el padre hablaba con el niño que admiraba a su padre.

—¿Qué piensas hacer, Mauricio? —dijo ella de pronto.

La miró con rapidez.

—¿Hacer acerca de qué?

—Acerca de todo. De esto. Yo no puedo regresar.

—Bueno —dudó—. Supongo que no, al menos todavía no.

—Nunca —dijo ella y se hizo un silencio.

—Bueno, pues no sé —dijo él.

—¿Crees que te puedes venir aquí? —dijo ella.

—Sí. Puedo quedarme un mes. Creo que me las puedo arreglar durante un mes —dijo dudando.

Después la miró con timidez y escondió la cara de nuevo.

Ella le buscó la cara con la mirada, sus pechos se agitaban con suspiros, como si una brisa de impaciencia los sacudiera.

—No puedo volver —dijo con lentitud—. No puedo abandonar este sol. Si tú no puedes venirte aquí...

Ella terminó la frase con una entonación abierta. Él la volvió a mirar, furtivamente, pero con admiración y confusión.

—¡No! —dijo él—. ¡Esto te va bien! ¡Estás espléndida! No, no creo que debas volver.

Pensaba en ella en el piso de Nueva York, pálida, silenciosa, presionándole. Él era el espíritu de la timidez discreta en las relaciones humanas y la hostilidad terrible y silenciosa de ella desde que

naciera el niño le atemorizaba profundamente. Porque se había dado cuenta de que ella no podía evitarlo. Las mujeres eran así. Sus sentimientos habían tomado diferentes direcciones, incluso contra sus propias voluntades, y era horrible, horrible vivir en la casa con una mujer así, cuyos sentimientos eran contrarios incluso a ella misma. Él se había sentido demolido bajo la cruz de su inevitable enemistad. Ella se había demolido incluso a sí misma y también al niño. No, cualquier cosa menos eso.

—Pero ¿y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? Ah, bueno. Yo puedo continuar con los negocios y venir aquí a pasar las vacaciones, puedes quedarte el tiempo que quieras —Miró entonces hacia el suelo y después levantó la cabeza para mirarla a ella con un tono de súplica en sus preocupados ojos.

—¿Incluso para siempre?

—Bueno, sí, si eso es lo que deseas. Aunque para siempre es mucho tiempo. Ahora no vamos a poner una fecha.

—¿Y puedo hacer lo que quiera? —y le miró fijamente a los ojos como desafiándole. Y él no tenía ningún poder frente a su desnudez rosácea y curtida por el viento.

—Bueno, sí. Supongo. Mientras que no seáis infelices ni tú ni el niño.

De nuevo la miró con un gesto de ruego preocupado, pensando en el niño pero rogando por él.

—No lo seremos —dijo ella con diligencia.

—No —dijo él—. No, no creo que seáis infelices.

Hubo entonces una pausa. Las campanas del pueblo daban con precipitación las campanadas de mediodía. Y eso significaba la hora de comer.

Ella se deslizó por su quimono gris de crepé, y se ató a la cintura un ancho cinturón verde. Después le introdujo al niño una camiseta azul por la cabeza, y se fueron hacia la casa.

Sentados a la mesa observaba a su marido, su rostro gris y urbano, su canoso pelo, sus modales tan correctos y su completa moderación al beber y comer. De vez en cuando él la miraba a ella, furtivamente, bajo sus negras pestañas. Tenía los ojos de un dorado grisáceo, como de animal que ha sido capturado demasiado joven y ha sido criado en completa cautividad.

Salieron a tomar el café a la terraza. Abajo, más allá, por la cuesta del acantilado, se veía a un campesino y su esposa, sentados bajo un almendro, cerca del trigo verde, tomando el almuerzo extendido sobre un mantel en el suelo. Había una gran hogaza de pan y vasos con el vino tinto.

Julieta colocó a su esposo de espaldas a este paisaje; ella se sentó de frente. Entre otras cosas porque en el momento en que ella y Mauricio habían salido a la terraza, el campesino la había mirado a ella con fijeza.

V

Ella le conocía perfectamente. Él era bastante corpulento, un individuo fuerte de unos treinta y cinco años y daba continuos bocados al pan. Su esposa era delgada y de tez oscura, elegante, triste. No tenían hijos. Esto era todo lo que Julieta sabía.

El campesino trabajaba solo en la finca de enfrente. Siempre llevaba la ropa muy limpia y cuidada, pantalones blancos y camisetas de colores, y un sombrero de paja. Tanto su esposa como él tenían ese aire de tranquila superioridad que pertenece a los individuos, no a su clase.

Su atractivo radicaba en su vitalidad, una veloz energía que le daba un gran encanto a sus movimientos, aunque era robusto y fuerte. Durante los primeros días antes de que ella tomase el sol, Julieta se lo había encontrado entre las rocas cuando había trepado hasta allí. Él había sabido de ella antes de que ella le viese, por eso, cuando le miró, él se quitó el sombrero mirándola con timidez y orgullo con sus grandes ojos azules. Su rostro era ancho, quemado por el sol, tenía un bigote recortado y castaño, cejas anchas, casi tan espesas como el propio bigote, juntas bajo la frente ancha.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Puedo pasar por aquí?

—Por supuesto —respondió él con esa prisa cálida que caracterizaba su movimiento—. A mi patrón no le importa que usted pase por sus tierras cuando quiera.

Y echó la cabeza hacia atrás con la rápida, vivida y tímida generosidad de su naturaleza. Se fue inmediatamente. Pero instantáneamente ella había reconocido la violenta generosidad de su sangre y su violenta timidez.

Desde entonces ella le veía en la lejanía cada día, y se dio cuenta de que era una persona autosuficiente, como un animal rápido, y se dio cuenta de que su esposa lo amaba intensamente con unos celos que casi eran odio; porque, probablemente, él deseaba pararse un rato...

Un día, cuando un grupo de campesinos estaban sentados bajo un árbol, le vio bailar ágil y alegre con un niño: su esposa le miraba taciturna.

Gradualmente Julieta, y él habían llegado a intimar en la distancia. Ambos eran conscientes el uno del otro. Ella sabía, por la mañana, el momento en que llegaba con su burro. Y en el momento en el que ella aparecía en la terraza él se volvía a mirarla. Pero nunca se saludaban. Ella incluso le echaba de menos cuando no iba a trabajar a la finca.

Un día por la mañana que había estado paseando desnuda, por entre el acantilado, se había tropezado con él cuando él se estaba agachando, y con sus poderosos hombros iba cargando la leña que recogía y llevaba hasta el burro. Él la vio cuando levantó el acalorado rostro, y ella iba de retirada. Una llama atravesó sus ojos, y una llama se le encendió a ella en el cuerpo, fundiéndole los huesos. Pero la mujer retrocedió silenciosa por entre los arbustos y se fue por donde había venido. Y ella se preguntaba con un cierto resentimiento por ese extraño silencio en el que él trabajaba, escondido por entre los matorrales. Tenía esa facultad de los animales salvajes.

Desde entonces existía un dolor firme de consciencia en el cuerpo de ambos, aunque ninguno de los dos lo admitiría, y ninguno de los dos mostrase ningún signo de reconocimiento. Sin embargo la esposa de él era instintivamente consciente.

Y Julieta había pensado: ¿Por qué no puedo ver a ese hombre y criar a su hijo? ¿Por qué tendría que identificar mi vida con la vida de él? ¿Por qué no estar con él durante una hora, o tanto como dure el deseo? Ya hay entre nosotros una chispa.

Pero no mostró nunca ni un solo indicio. Y ahora le veía mirar hacia arriba desde donde estaba sentado con su ropa blanca, frente a su esposa vestida de negro, mirando a Mauricio. La esposa se volvió y miró, también, taciturna.

Julieta sintió el rencor apoderarse de ella. Tendría que soportar de nuevo al hijo de Mauricio. Lo había visto en los ojos de su marido. Y lo supo desde su respuesta, cuando había hablado con él.

—¿Vendrás a tomar el sol también desnudo? —le preguntó.

—Bueno, sí. Sí me gustaría mientras estoy aquí. Supongo que no nos ven.

Había un cierto brillo en sus ojos, un desesperado tipo de coraje nacido del deseo, y miró la prominencia elevada de sus pechos bajo la bata. Porque él era un hombre que también se enfrentaba al mundo y su deseo masculino no había sido satisfecho. Se atrevería a ir a tomar el sol, incluso aunque hiciese el ridículo.

Pero él olía el mundo, y todas sus cadenas y sus cobardías perrunas. Él estaba marcado con la marca que no era la marca de contraste.

Madura ahora, y toda bronceada por el sol, y con un corazón como una rosa caída, ella había deseado ir hacia el ardiente y tímido campesino y parir a su hijo. Sus sentimientos se le habían ido cayendo como pétalos. Había visto la sangre roja en su quemado rostro, y el ardor en sus ojos azules y sureños, y su respuesta había sido un borbotón de fuego. Él habría sido un fecundo baño de sol para ella, y lo deseaba.

Sin embargo su próximo hijo sería de Mauricio. La fatal cadena de la continuidad haría que así fuese.

APÉNDICE:

EL PAISAJE DE MI CORAZÓN

PARA LLEGAR a Eastwood desde el sur hay que hacer transbordo en Derby o Birmigham. Según se va avanzando hacia el norte, el paisaje se va endureciendo, y al acercarse a Birmigham todo se tiñe de nieblas y grises. No se sabe muy bien si la niebla es un fino humo saliendo de las chimeneas de las fábricas o es el vapor ascendente de algún canal. Hacía poco había caído en mis manos un pequeño ensayo de Lawrence llamado *Nottingham and the mining Country-side*. Decía Lawrence:

«Nací hace casi cuarenta años en Eastwood, un pueblo minero, a unas ocho millas de Nottingham, y a una milla del pequeño canal, el Erewash, que divide Nottingham de Derby... A mí me parecía y todavía me parece, un campo extremadamente bello, entre la arenisca roja y los robles de Nottingham y la fría caliza, los fresnos y las verjas de piedra de Derby. Para mí, tanto de niño como de joven, era todavía la vieja Inglaterra con un pasado de bosques y agricultura; no había coches, las minas eran, en algún sentido, sólo un accidente en el paisaje, y Robin Hood y sus hombres no estaban muy lejos».

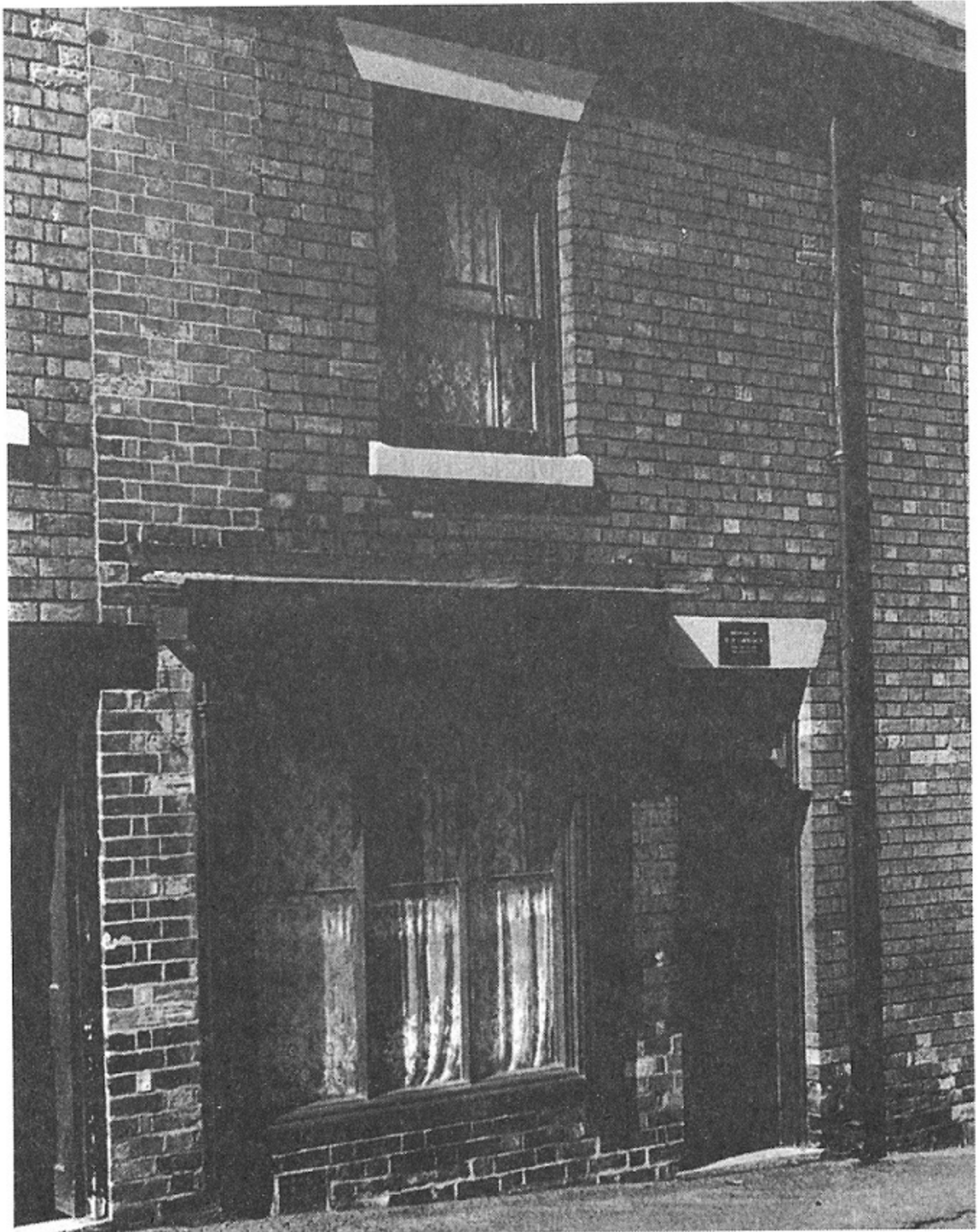
Agosto, 1930, *New Adelphi*

Acercándose a Nottingham el paisaje se va haciendo más salvaje, menos ordenado en recintos, y ya los olmos y los fresnos van rodeándote como tragándose los grises. Todo se va convirtiendo en un color verde, brillante y desordenado. Sin embargo, yo iba buscando Eastwood y pronto descubrí que Eastwood era una especie de oasis en la zona minera. Pensé, de pronto, el recorrido valiente y peligroso que hacían aquellos tranvías a principio de siglo. Al bajar del autobús, en la calle principal y divisando a los lados aquella profusión de casitas ordenadas y al fondo el campo salvaje y vivo, recordé que Lawrence lo llamaba *the Country of my Heart* (el paisaje de mi corazón). Hacía el calor propio de un mes de agosto y lamentaba no haber visitado Eastwood a mediados de septiembre, recordando así las palabras de George en *The White Peacock*:

«Yo nací en septiembre, y es el mes que más adoro. No hace calor, no hay prisa, ni sed, ni cansancio, en la cosecha del maíz como la hay en las cosechas del heno. Si el otoño es tardío, como normalmente sucede, entonces el entrado septiembre encuentra el maíz todavía en sus fajinas. Las mañanas sobrevienen lentamente. La tierra es como una mujer casada y que se marchita; no se estremece con risa ante el primer beso fresco del alba, sino que lenta, tranquila y serenamente yace observando el despertar de cada nuevo día. La neblina azul, como el recuerdo en los ojos de una esposa abandonada, nunca se va de la colina poblada de bosques y solamente a media noche va deslizándose desde los setos».

Me dirigí hacia Victoria Street, donde algún anuncio decía: «D. H. L. Museum». Una pequeña casa adosada a una interminable hilera de casas anunciaba el museo. Y de pronto me embargó una tristeza profunda. En su ventana central, a modo de escaparate, había unas camisetas y unos faldones amarillos y viejos. Allí era donde la madre de Lawrence exponía y vendía algunas puntillas y encajes. Así podía reforzarse con algún dinero el bajo salario de un minero hacia 1880. Y allí, en una casa de cuatro habitaciones, nació D. H. Lawrence en 1885. La casa ha sido magníficamente restaurada, como se puede restaurar una casa pobre y minera. Me recibió una señora de edad incierta, porque sus ojos eran demasiado vivos: Mrs. Enid Goodband, encargada de enseñar la casa a

los pocos turistas que deciden llegar hasta allí.



Calle Victoria, 8a, Eastwood, donde nació Lawrence el 11 septiembre de 1885.

—Yo no hago esto por dinero, ¿sabe? Lo hago por amor. ¡Soy tan romántica como lo fue

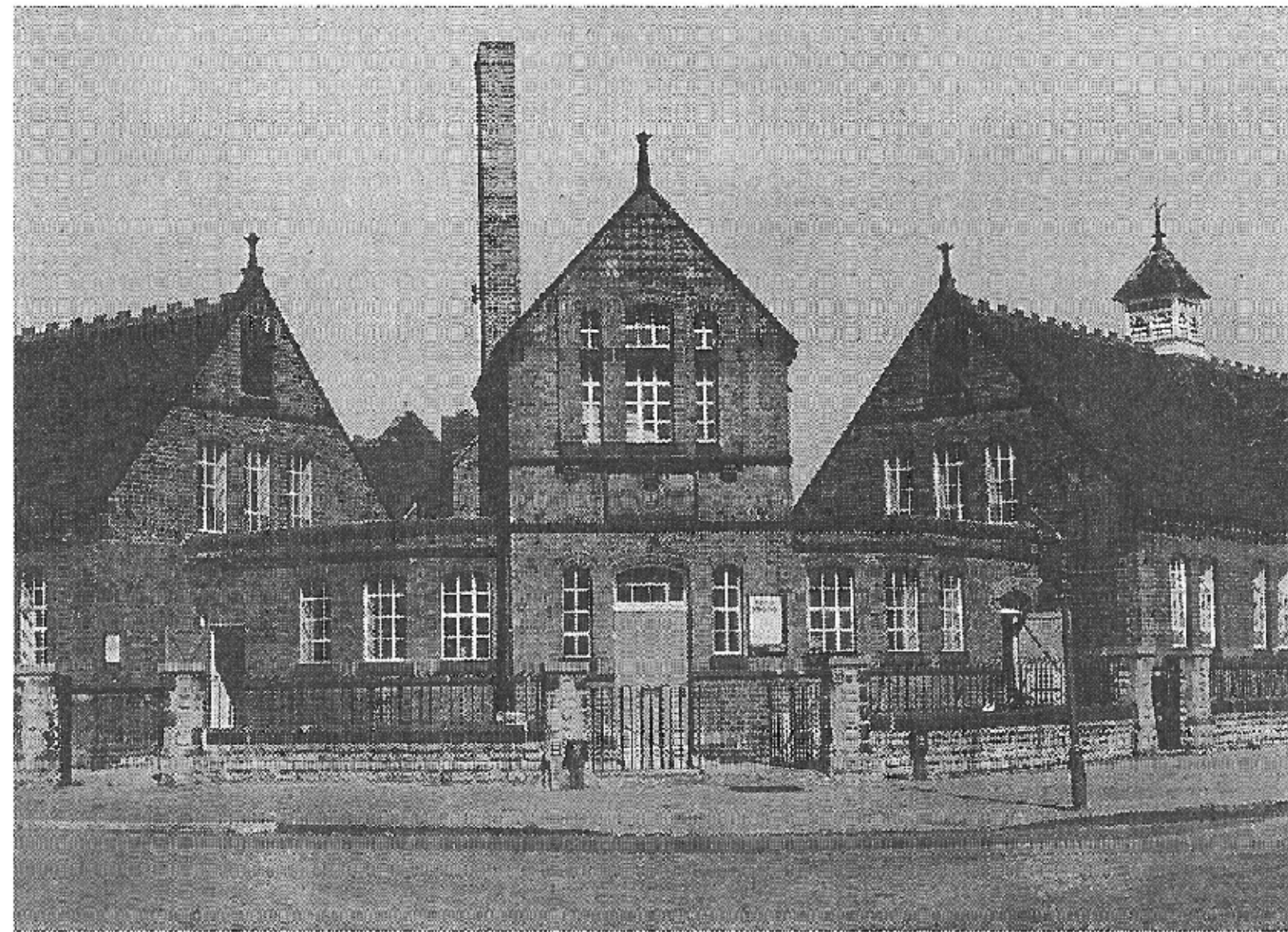
Lawrence! Adoro sus novelas. Pero aquí, ¡tenga cuidado! Aquí hay mucha gente que odia a Lawrence. Usted me entiende, dicen que escribió *filthy books* (libros obscenos). Ayer mismo me llamaron de la escuela, para concertar la visita de un grupo de niños (unos 15), y esta mañana me han dicho que quedaba cancelada. ¿Se lo imagina, no? Algún miembro influyente de la dirección no ve con buenos ojos a Lawrence. La gente aquí no le quiere mucho. Reconocen en *Sons and Lovers* o en cualquier cuento a sus padres o a sus abuelos. Lawrence noveló demasiadas vidas reales, y a nadie le gusta ver los trapos sucios de su familia dar la vuelta al mundo. No se puede aceptar fácilmente tener en la familia una Lady Chatterley adúltera ni a mineros que regresan borrachos a sus casas, o hijos e hijas que hacen el amor en los campos de heno y centeno. Mira, hija, si vas a estar unos días aquí, no preguntes demasiadas cosas, te contestarán con malos modos.

Para mí aquello era nuevo. ¡Lawrence en su pueblo del alma!

Al poco tiempo apareció Mr. George Williams, miembro honorario de la sociedad D. H. L. en Eastwood y cartero retirado, un hombre dulce y tranquilo que se ofreció a mostrarme las diferentes casas donde Lawrence vivió hasta sus veintiún años. Fuimos recorriendo desde su segunda casa en Garden Street (restaurada y habitada ahora por estudiosos de Lawrence), hasta The Breach (lugar donde vivió desde los dieciséis años hasta los veintiuno). A los pies, todo el paisaje reunido, a la derecha la mina, y frente a mí los alrededores de Eastwood. Una inmensidad de verdes y brumas. Así Lawrence comentó: «Ése es el paisaje que mejor conozco»... Y después el Bar *The Moon and Star*.

—Sr. George, ¿podríamos ver la escuela?

—¡Sí, claro! —Y allí estaba, inamovible, estática con sus dos puertas: *Girls* y *Boys*—. Fíjese en esas cañerías labradas, son las mismas que Lawrence vio... —Pero yo estaba mirando fijamente esas dos puertas y ese patio donde en más de una ocasión Lawrence oiría esa curiosa palabra de «afeminado», porque era flaco y débil y le gustaba jugar con las chicas y sus muñecas.



Beauvale Board School, al que Lawrence asistió desde 1893 a 1898.

Algo triste y pensativa, pregunté detalles sobre la *Goose Faire* (tengo debilidad por la descripción de las ferias populares que Lawrence hace en muchas de sus historias), hoy un gran descampado en vías de construcción. Llegamos donde vivió Jessie Chambers, su primer amor, y quien, según él, le incitó a escribir.

—Sr. Williams, ¿no podríamos visitar la granja?

—¡Oh, no! ¡No! Está cerrada.

—Pero ¿por qué no la restauran como han hecho con las demás casas?

—Bueno, es un tema difícil, ¿sabe? Es propiedad de la familia de Sir Barber, el dueño de casi todas las minas y parte de todos estos campos, y no perdonan a Lawrence la descripción de su familia en *Women in Love*.

La sociedad de D. H. L. de Eastwood ha intentado comprarla. No quieren saber nada de Lawrence.



Mirce Beinsley. El padre de Lawrence trabajó aquí. Propiedad de los Barber.

Lawrence recordaría con dolor cuando iba a cobrar el salario de su padre a la mina y la vida de penuria que los mineros llevaban. Un mundo en el que Lawrence tampoco fue aceptado por su debilidad física, un mundo de músculos y tatuajes.

Al fin mi viaje parecía haber concluido, después de visitar el lago Greenmoore, donde Ken Russell inmortalizó con su película *Women in Love* el accidente de la niña ahogada. Efectivamente, era un lago con una cierta predisposición a la fatalidad. Sus aguas entre grises y plateadas tenían algo de enigmáticas.

Estaba atardeciendo cuando decidí tomar una cerveza en el pub *The Three Tuns*. ¡Cómo no visitar el lugar donde Mr. Morrell bebía insaciablemente al salir de la mina! Lawrence tardaría un tiempo en comprender a su padre, y reconocer que le había tratado demasiado duramente en su exceso de amor hacia su madre. Al llegar al pub me sorprendió encontrar dos entradas; una llamada *The Gamekeeper Bar*, y otra *D. H. Lawrence Launch*. Me dirigía hacia *The Gamekeeper*, y al entrar sentí como si doce ojos se quedasen clavados en mi frente. Unos seis mineros robustos y fuertes, con tatuajes en los brazos y gorros de lana, apostados en la barra, se dieron la vuelta y se hizo un gran silencio en el bar. De pronto mi mirada se dirigió a un anuncio en madera y letras doradas que decía *Lady Chatterley slept here* (L. C. durmió aquí). Era como si yo hubiese transgredido alguna norma,

alguna ley minera, al entrar allí. ¿Se me había olvidado, tal vez, que estaba en Eastwood, pueblo minero de unos 11.000 habitantes, pequeña comunidad no muy acostumbrada a recibir visitas de forasteros, y menos de forasteras? Cuando me dirigí a la barra a pedir una pinta de cerveza se abrió un círculo a mi alrededor. De pronto, me sentí observada y recriminada.



Calle Nottingham, Eastwood.

—Señorita, ¿no estaría usted más cómoda en la sala de al lado?

Me quedé parada y aturdida. ¿Era aquello una invitación educada para abandonar la sala o sencillamente una agradable sugerencia? Sus miradas atentas y astutas me hicieron comprender que era una invitación a dejarles solos en su sala. Evidentemente, yo era algo molesto en aquella parte del bar, todavía no sé muy bien si por ser mujer o por ser forastera. Tal vez las dos cosas.

Con mi jarra de cerveza en la mano me dirigí a la otra parte del bar, acogedora, donde otras mujeres y alguna pareja consumían cerveza a raudales. En las paredes, las portadas de las novelas de Lawrence editadas en Penguin, y una fotocopia de un diario enmarcada decía: «*Lady Chatterley* ha sido legalizada ante los tribunales», fecha 1962. «Ya no es considerado un libro obsceno».

Dejé el bar sobre las diez por si la hora era considerada también una transgresión por mi parte:

¡una señorita a esas horas de la noche! Caminé cuesta abajo mirando por última vez aquel paisaje salvaje que ahora sólo eran sombras de fresnos y luces en hileras demarcando las viviendas de los mineros al fondo.

PILAR MAÑAS LAHOZ

Doctora en Filología Inglesa y escritora

Publicado en *Olvidos de Granada*, 1981 (Nota del Editor).

*Se acabó de imprimir este libro
el 15 de marzo del año 2001.
Entonces D.H. Lawrence
tendría 116 años.*